

EL ESTADO ORIGINAL Y PRESENTE DEL HOMBRE

BREVEMENTE CONSIDERADO

EN DONDE SE MUESTRA:

LA NATURALEZA DE SU CAÍDA, Y LA NECESIDAD, MEDIOS Y MANERA DE SU RESTAURACIÓN, A TRAVÉS DEL SACRIFICIO DE CRISTO, Y DE LA OPERACIÓN PERCEPTIBLE DE ESE ESPÍRITU DIVINO DE GRACIA Y VERDAD, PRESENTADO AL MUNDO POR EL PUEBLO LLAMADO CUÁQUEROS

POR JOSEPH PHIPPS

EDITADO POR JASON R. HENDERSON

**Esta y otras publicaciones están disponibles
gratuitamente, previa solicitud,
poniéndose en contacto con:**

Correo Electrónico: henderjay@gmail.com
www.zoecostarica.com

© 2018 – VI

ÍNDICE

	Prefacio	5
1.	La Muerte del Alma Inmortal	7
2.	La Criatura Sujeta a Vanidad	14
3.	La Oferta de Redención Perfecta	18
4.	La Revelación de Cristo en el Corazón	28
5.	El Nacimiento de la Vida Divina en el Alma	38
6.	La Regeneración—Una Experiencia Perceptible	43
7.	La Ley del Espíritu de Vida en Cristo Jesús	55
8.	La Religión Interna y Eterna	64
9.	La Administración Pura del Espíritu Santo	75
10.	La Operación de la Gracia Divina	88
11.	Las Escrituras y el Espíritu	102
12.	El Poder Purificador del Evangelio	111
13.	La Adoración y Revelación Espiritual	119
14.	El Espíritu, el Evangelio, y el Reino	130

PREFACIO

En 1767, Samuel Newton publicó un libro que promovía muchas opiniones críticas hacia la Sociedad de los Amigos, y, más particularmente, atacaba los principios propuestos en *La Apología de la Verdadera Teología Cristiana* de Robert Barclay. En respuesta a esta publicación, Joseph Phipps tomó la pluma en 1773 para limpiar la Sociedad de muchos cargos injustos y falsos, y para defender las verdades del evangelio tal como fueron establecidas por los primeros Amigos. Su refutación, la cual tituló *El Estado Original y Presente del Hombre*, fue exhaustiva y convincente, aclarando muchos de los principios más importantes de los Cuáqueros, y exponiendo y contrarrestando los diversos errores de su oponente.

Esta Edición de *El Estado Original y Presente del Hombre*, es un intento de conservar y modernizar cuidadosamente las partes doctrinales principales de la obra original, y al mismo tiempo remover una multitud de citas e intercambios prolongados y innecesarios entre los dos autores. Debido a que gran parte de la publicación original de Phipps fue escrita en forma de una refutación punto por punto de las críticas de Newton, me he tomado libertades significativas en la edición y organización del material, para que sus argumentos se presenten de manera fiel y clara al lector moderno. La versión original está disponible en *La Biblioteca de los Amigos* (“*Friends Library*”), volumen 10.

Jason Henderson

Octubre 2016

CAPÍTULO I
LA MUERTE DEL ALMA INMORTAL

En el principio Dios creó buenas todas las cosas. Al ser Él mismo inherentemente e inmutablemente bueno, toda creación Suya debe necesariamente ser así, según los diferentes géneros en los que Él las creó. El hombre fue hecho enteramente por Él, por lo tanto, tuvo que haber sido hecho enteramente bueno también. Su naturaleza estaba limpia de toda impureza y libre de todo defecto y desorden. Sus facultades eran perfectas, aunque limitadas a su propia esfera, y cada parte de su composición fue formada en su debida rectitud. El cuerpo fue puesto en subordinación a su espíritu racional o alma (la cual es la parte más noble y excelente, creada para la inmortalidad), y esta fue puesta en sujeción a la guía de su Creador.

Las facultades humanas estaban originalmente limpias y sin prejuicios y eran aptas para recibir impresiones. Y, puesto que el hombre no pudo traer con él ningún conocimiento real al mundo, todo conocimiento tuvo que haberle sido comunicado directamente a él por Su Creador, o después adquirido por sí mismo a través de la observación y la experiencia. Esto último le tomó tiempo obtenerlo, pero no hay duda de que se encontró a sí mismo inmediatamente

dotado con suficiente entendimiento de sí mismo y de su Creador, relacionado tanto con su deber presente como con su felicidad.

El hombre no sólo fue provisto de una medida de luz y de entendimiento, sino que también fue facultado, sin ninguna duda, para actuar conforme a dicha medida, de otro modo su conocimiento le habría sido dado en vano. Siendo así, él estaba capacitado para obedecer, sin embargo, lo que sucedió a continuación demostró que él había sido puesto por Dios en un estado de prueba, de lo contrario no habría podido ser considerado culpable por su fracaso, porque si Su Creador lo hubiera deseado, lo habría fijado en un estado de virtud y bondad inmutable.

Es indudable que el Creador en Su omnisciencia previó que el hombre tendría que encontrarse con un adversario muy sutil, y, por lo tanto, le proporcionó medios suficientes para descubrir sus trampas y resistir sus asaltos. Si se le permitió a Satanás usar su sutileza e influencia para engañarlo, seguramente el hombre no fue solamente advertido, sino también dotado con suficiente luz y poder divinos para resistir sus intentos, según se mantenía atento a su Creador (porque nada menor que la naturaleza divina puede capacitar a cualquier criatura inteligente para resistir la tentación y actuar según la voluntad divina).

Dios creó al hombre para Su propia gloria, así que debe caminar conforme a la voluntad de Dios para poder glorificarlo y ser partícipe de Su gloria. Pero el hombre no puede conocer correctamente Su voluntad, ni llevarla a cabo constantemente, sólo con la fuerza de sus propias facultades. Por lo tanto, el primer hombre necesariamente debe haber sido asistido por el Espíritu de Dios, y capacitado

para cumplir Su voluntad de tal manera que glorificara a su Creador y respondiera al propósito para el que fue creado. Se concluye, entonces, que Adán primero fue creado hombre natural, y luego hecho espiritual por medio del poder vivificante del Espíritu de Cristo—porque “lo espiritual no es primero, sino lo natural; luego lo espiritual.”¹ Esta vida espiritual es la verdadera vida y el elemento apropiado en el cual las almas inmortales deben vivir y moverse.

Así, los padres de la humanidad, en su estado original e incorrupto, eran templos aptos para morada del Espíritu de Dios. Ellos eran “participantes de la naturaleza divina,”² recipientes del aliento del poder de Dios, la influencia pura que fluye de la gloria del Altísimo. En la Luz de esta influencia pura Adán tuvo un innegable discernimiento de la creación tan intuitivo, que le permitió dar nombres a todas las criaturas según sus diferentes naturalezas. Porque leemos, “Jehová Dios formó, pues, de la tierra toda bestia del campo, y toda ave de los cielos, y las trajo a Adán para que viese cómo las había de llamar; y todo lo que Adán llamó a los animales vivientes, ese es su nombre.”³

Bajo esta dotación celestial, la santa expresión de la imagen divina apareció claramente en el primero de la humanidad—“a imagen de Dios lo creó.”⁴

Ahora, si el hombre se hubiera mantenido en fiel obediencia a su Guía celestial, y hubiese rechazado los esfuerzos del tentador, con toda certeza, y en su debido tiempo,

¹ 1 Corintios 15:45

² 2 Pedro 1:4

³ Génesis 2:19

⁴ Génesis 1:27

habría llegado a un grado de establecimiento más allá de toda posibilidad de caer; pero al no continuar en un estado de vigilancia, y (contrario a la advertencia que se le dio) volver su atención hacia la tentación, dejó caer su guardia, y dejó ir a ese Espíritu del que su vida y su fuerza dependían. De hecho, cayó de Él, de todas Sus ventajas, y de la libertad de los hijos de Dios, a la esclavitud de la corrupción—una introducción segura a la miseria. (Porque como la santidad y la felicidad están inseparablemente unidas, así el pecado y la miseria están indivisiblemente conectados).

Suponer que el Todopoderoso Autor de toda bondad creó al hombre con una *necesidad* moral de transgredir ante la aparición de la tentación, es una imaginación demasiado perjudicial para el carácter divino como para ser admitida. Nuestros primeros padres fueron incuestionablemente capacitados por su Creador para permanecer en vigilancia, la cual les habría permitido experimentar la preservación. La deserción de ellos de esto, en definitiva, no fue de Él, sino de ellos. Si el fracaso de ellos hubiera sido por la voluntad de Dios, o por el diseño intencional de sus circunstancias, de modo que el pecado inevitablemente hubiera sucedido, no habría sido congruente con Su carácter castigarlos por actuar contra Su voluntad.

Un deseo peligroso de volverse sabios en cosas dañinas e innecesarias, parece haber tenido una entrada temprana en la mente humana. “El día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal.”⁵ Eva fue engañada por la sugerencia de esta mentira halagadora. Ella podría haber permanecido feliz cono-

⁵ Génesis 3:5

ciendo nada más que el bien, pero se volvió lo contrario al experimentar el mal.

Este tipo de conocimiento es tan opuesto al de la sabiduría divina, como opuesta es la oscuridad de la luz. Es cierto que el Dios Omnisciente conoce el bien y el mal, pero Él conoce el bien por inmutable posesión y disfrute perfecto, pero mira el mal con aborrecimiento, en eterna oposición e infinita distancia de la pureza de Su naturaleza. Sin embargo, con el hombre pecador el caso es lo contrario, pues el mal tiene posesión inmediata de él, y el bien queda fuera de su alcance. Debe permanecer completamente miserable, sin la divina misericordia. Esta es la consecuencia necesaria del conocimiento jactancioso que adquieren los hombres del mundo, al saborear los mortales y venenosos dulces de la tentación.

Las consecuencias de este fracaso afectaron inmediatamente a los dos transgresores, e influyeron remotamente sobre toda su posteridad. Adán y Eva perdieron la brillante impresión de la imagen divina, y todas las alegrías que le correspondían. Al perder la inmediata, interna y pura influencia del Santo Espíritu de Dios, perdieron esa semejanza divina en la que habían gozado internamente de luz, vida, amor, bondad, justicia, santidad y felicidad. Ese Espíritu Omnipresente de poder, verdad y virtud, que en su estado original había sido su cubierta y su consolador, se separó de ellos por la transgresión, y se convirtió en su acusador y condenador.

Por haberse apartado de la debida y constante sujeción a la mente y Espíritu de su Creador, la voluntad del hombre se separó de la voluntad de Dios, y se convirtió en “voluntad propia.” Y por su infiel auto-gratificación, y dejar

entrar la sugerencia del tentador, el amor principal de los hombres se volcó de su Creador hacia sí mismos. De esta manera se originaron en el hombre el “amor propio” desenfrenado y la “voluntad propia,” lo cual se encuentra en una voluntad separada de la voluntad de Dios y en un espíritu contrario a Su Santo Espíritu. Además, esta separación le abrió al espíritu maligno un camino de fácil acceso por el que lleva a la mente humana hacia los objetos externos, a merced de perpetua tentación. Por darle paso a las inclinaciones carnales, el hombre se volvió de mente carnal, y “la mente carnal es muerte.”⁶

Cuando el Soberano Legislador le dio por primera vez un mandato positivo a Adán, pronunció la muerte inmediata que recibiría en caso de transgresión; “el día que de él comieres, ciertamente morirás.”⁷ Esto parece implicar un significado mucho más profundo y más importante que el significado que hace referencia al cuerpo natural. Un significado que afecta más directamente al alma racional, a saber: la privación de una vida que antes de la transgresión era disfrutada felizmente, y que por la desobediencia ciertamente debe perder.

¿Cuál es entonces la verdadera vida del alma? ¿Y qué es la muerte de un alma, viendo que existe para siempre? Simplemente *existir* no puede ser la vida pretendida. La vida verdadera de un alma debe ser vivir en aquella vida que sólo existe en la naturaleza divina, y que no puede ser disfrutada sino participando de la naturaleza divina; es decir, viviendo en el Espíritu de Aquel que es la vida, la cual el Evangelista declara ser la verdadera luz de los hom-

⁶ Romanos 8:6 (Versión Reina Valera 1602 Purificada)

⁷ Génesis 2:17

bres. Este poder y virtud sobrenaturales, espirituales y celestiales del gran Iluminador y Vivificador, son la verdadera vida del espíritu inmortal del hombre; y la total carencia o privación de ellos, es su muerte.

Nuestros padres se desviaron y murieron en espíritu a la vida divina, aquella por la que habían sido vivificados, cuando se apartaron de dicha vida y abrazaron la tentación. Porque, “El espíritu es el que da vida;”⁸ y cuando se aparta la vida, la muerte se produce naturalmente. Así como muere el cuerpo cuando se le priva de su vida natural, queda en un estado de muerte espiritual el alma cuando se aparta de ella aquello que es su verdadera vida; excepto por esta diferencia—que el cuerpo fallecido permanece completamente insensible, pero el alma, en su estado de muerte, todavía existe bajo el inevitable sentido de su culpa y miseria.

⁸ Juan 6:63

CAPÍTULO 2
LA CRIATURA SUJETA A VANIDAD

Las Sagradas Escrituras muestran que todos somos afectados naturalmente por la transgresión de nuestros primeros padres mucho antes de nuestras propias ofensas. “Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron.”¹ Esto no debe entenderse sólo con respecto a la muerte del cuerpo, porque en efecto todos vienen al mundo a la imagen del hombre terrenal, sin la vivificante y sensible influencia de la vida divina.

Y aunque esto es verdad, no se desprende de ello la necesidad de concluir que todos venimos al mundo siendo justamente objetos de la venganza divina, por causa de una ofensa cometida por nuestros antepasados antes de que viniéramos al mundo. ¿Con qué propiedad puede un niño incapaz de cometer algún delito ser tratado como un transgresor? La Escritura nos asegura positivamente que “el camino del Señor es recto,”² “el alma que pecare, esa

¹ Romanos 5:12

² Ezequiel 18:25, 29

morirá,” y “el hijo no llevará el pecado del padre,”³ etc. Todo lo que la posteridad de Adán perdió a través de él, eso y más lo ganan en Cristo, y sin ninguna duda, Su misericordia y bondad, y la extensión de Su propiciación, son tan aplicables a los niños que no han pecado personalmente, como a los adultos que sí.

Las Escrituras muestran que el alma inmortal y racional del hombre, en cada individuo, es la fabricación inmediata de su Creador, porque el profeta Zacarías, hablando de los grandes hechos de Dios en la creación, afirma que Dios “forma el espíritu del hombre dentro de él.”⁴ Y en Eclesiastés 12:7, con respecto a la muerte del cuerpo leemos, “el polvo vuelva a la tierra, como era, y el espíritu vuelva a Dios que lo dio.” Por lo tanto, el alma misma⁵ al recibir su existencia directamente de la perfección de la pureza inmutable, no puede tener una impureza o corrupción original en ella. Sin embargo, al ser inmediatamente e íntimamente conectada con un cuerpo natural, e incapaz de resistir las pasiones de la naturaleza carnal, el alma es susceptible a la influencia de estas pasiones, al punto de participar con ellas en sus indulgencias sensuales. En este estado los descendientes de Adán vienen al mundo, destituidos de aquella vida divina de la cual Adán cayó.

Cualesquiera que sean las peculiaridades que resulten de la caída del primer hombre y de la primera mujer, esto es un hecho—que sus descendientes no vienen al mundo en el mismo estado de gloria en el que ellos fueron creados al principio. Los que han estado a cargo del cuidado de niños,

³ Ezequiel 18:20

⁴ Zacarías 12:1

⁵ Es decir, como un vaso creado para una naturaleza.

no pueden evitar notar que las primeras acciones voluntarias y visibles en ellos, evidentemente provienen de los poderes del deseo carnal y de la pasión, y que estos son propensos a aumentar y a predominar en ellos a medida que crecen. De hecho, ¡cuánto esfuerzo y dedicación se requieren para mantener a los niños fuera del desenfreno y de la falta de sobriedad mientras avanzan hacia la juventud! ¡Con qué avidez permiten que deseos desordenados gobiernen sus facultades racionales! Y ¡qué gran esmero es necesario (a través de una cuidadosa y virtuosa educación), para meramente regular o mitigar estas tendencias naturales! Sin duda, ellas nunca podrían ser realmente sometidas y gobernadas sin la operación de un principio superior.

El Creador consideró conveniente que mediante Su poder el alma fuera unida al cuerpo, antes de que recibiera algún conocimiento. “Porque,” dice el apóstol, “la criatura fue sujeta a vanidad, no de su voluntad, sino por causa de aquél que la sujetó en esperanza, porque también la misma criatura será librada de la servidumbre de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios.”⁶ Aquí el alma racional es denominada con el término “criatura,” que apropiadamente se refiere al hombre. Aquí radica la verdadera distinción entre la especie humana y las criaturas de clases inferiores.

El alma es una sustancia indivisible e inmaterial que no puede ser generada por el hombre, y por lo tanto, no se transmite con el cuerpo de los padres a los hijos. El alma del niño nunca estuvo en el padre, por lo tanto, nunca pudo pecar en él ni derivar culpa por su transgresión. Tampoco la culpa puede recaer sobre el alma del niño simple-

⁶ Romanos 8:20-21

mente por estar unida a un cuerpo físico que vino de su padre, porque dicha unión es un acto de su Creador. No es congruente con la justicia y la misericordia de Dios considerar a un niño culpable o digno de castigo, simplemente por una ofensa cometida por sus padres antes de que pudiera tener conciencia de sí mismo. Por lo tanto, ningún infante nace con culpa sobre su cabeza, aunque carece de vida espiritual.⁷

Sin embargo, además de nuestra separación natural e ignorancia de la vida interna de Dios en nuestro estado caído, hay que reconocer que todos los que han llegado al grado de madurez en el que son capaces de recibir un entendimiento correcto y distinguir las advertencias internas de la Verdad en sus conciencias, han incrementado y fortalecido sobre sí mismos los lazos de corrupción en diferentes medidas, por medio de la indulgencia repetida y a menudo habitual de la parte carnal, al actuar en contra del sentido del deber que recibieron. Estos han entrado más profundamente a la oscura región de sombra de muerte a través de sus propios delitos y pecados. Y así, “todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios.”⁸

⁷ Nota de Joseph Phipps—Con respecto a los pequeños niños que parten antes de que personalmente hayan pecado, no pueden ser culpados con equidad, y con una confianza justa, pueden resignarse como perfectamente salvos en los brazos de su Salvador quien declaró que, “De los tales es el Reino de los Cielos.”

⁸ Romanos 3:23

CAPÍTULO 3

LA OFERTA DE REDENCIÓN PERFECTA

Aparte de cualquier cosa que podamos haber recibido de nuestros padres, ciertamente, hemos amontonado más corrupción por cuenta propia. “Toda carne había corrompido su camino sobre la tierra.”¹ Toda persona adulta en su ordinario estado natural, después de una seria reflexión, encontrará en sí misma una tendencia hacia la gratificación del “yo,” una inclinación ansiosa en ciertos tiempos hacia el placer prohibido, una aversión a la piedad y a la vida santa, una conciencia de culpa y una temerosa expectativa por el acercamiento de la muerte. Los hombres generalmente confiesan que se han equivocado y se han desviado como ovejas perdidas de los sanos caminos de la virtud y del deber, y que su fragilidad es tal que es cosa fácil caer en la tentación, pero cosa difícil (si no imposible) resistirla eficazmente. De hecho, incluso las grandes recompensas prometidas asociadas con la virtud y la vida santa, y los dolorosos castigos conectados con el vicio y la locura, son absolutamente insuficientes para retener a los hombres en la práctica de lo primero, o para capacitarlos

¹ Génesis 6:12

para conquistar la fuerza de su inclinación hacia lo último.

Esto demuestra claramente la corrupción de su naturaleza. Cristo dijo, “de la abundancia del corazón habla la boca.”² Y así el hombre encuentra que toda su práctica externa surge de lo que se aloja y gobierna en el interior. La corrupción en el corazón afecta todas las acciones, las costumbres y el lenguaje. De aquí brota toda la inmoralidad en la conducta, todos los discursos profanos y falsos, y todos los intentos desesperados de las mentes vanas para satisfacer el orgullo y la locura. Y tal como el origen del mal en el hombre resultó de tornar su atención y deseo del Creador a la criatura (separando así su voluntad de la voluntad de Dios, y su espíritu del Espíritu de Dios), asimismo la continuación del mal en el hombre sucede a través de la continuidad de esta separación, y permanecerá mientras la separación permanezca. En esta condición, comúnmente llamada *el estado natural*, no somos aptos ni capaces de entrar en el reino de los cielos, el cual no admite nada que sea pecaminoso o inmundo.

Por lo tanto, es absolutamente necesario que el hombre sea santificado para que sea feliz. La santidad no puede unirse con la inmundicia, tampoco de la debilidad absoluta puede surgir la habilidad. Si la contaminación pudiera purificarse a sí misma, si el mal pudiera producir el bien, si la muerte pudiera producir la vida, entonces el hombre, corrompido, debilitado y muerto, podría ser capaz de reformarse, vivificarse y restaurarse a sí mismo, pero no está en el poder del hombre librarse de los lazos del pecado y de la muerte. Por lo tanto, así como el pecado separó al hombre de su Hacedor, el hombre debe ser separado del

² Lucas 6:45

pecado, o no podrá ser reconciliado y unido a Él. Sin la restauración a un estado de santidad, nunca podrá disfrutar de la felicidad que le pertenece a dicho estado porque “sin santidad nadie verá al Señor.”³

¿Cómo, pues, el hombre corrupto puede llegar a ser santo? ¿Cómo, en un estado de absoluta incapacidad, entrará en guerra contra sus muchos y poderosos adversarios que le acosan por dentro y por fuera? ¿Qué capacidad tiene él para enfrentar a un enemigo que ya lo ha encadenado? En verdad, un poder demasiado fuerte para el hombre tiene posesión, y por lo tanto el poder que lo libere, rescate y restaure debe ser superior. ¿Quién es suficiente para estas cosas? Únicamente el Omnipotente Creador del hombre es capaz de desatarlo y liberarlo, pero ¡ay! Adán se apartó de Su voluntad, transgredió Su ley, desobedeció Su mandamiento y cometió una gran ofensa.

Sin embargo ¡Contemplan la asombrosa compasión y benevolencia de la Bondad infinita! Un medio completamente suficiente fue provisto para la redención tanto de los primeros transgresores como para la de todos sus descendientes. La Palabra eterna, el Hijo, el Cordero del Dios Altísimo, demostró la grandeza del amor y la misericordia divina, *primero* al estar de acuerdo con el Padre en humillarse a Sí mismo tomando sobre Él, en su debido tiempo, la condición de hombre, y en entregarla al sufrimiento y a la muerte, para hacer una propiciación por toda la especie, y *segundo*, al ofrecer inmediatamente y para siempre, a cada persona una “manifestación del Espíritu para provecho”⁴ con el fin de llevar a cabo su liberación presente del

³ Hebreos 12:14

⁴ 1 Corintios 12:7

poder del pecado, y su eterna salvación del inevitable efecto de permanecer en pecado, a saber, la segunda muerte.

Es una presunción descabellada pensar que el hombre, por sí mismo, puede producir poder para vivir en la práctica constante de crucificar sus inclinaciones y tendencias naturales, pero que un Espíritu infinitamente bueno, que es más poderoso que todos los enemigos del hombre, puede influenciarlo, inclinarlo y capacitarlo, es muy razonable de creer, porque es absolutamente necesario. No es razonable poner en duda la posibilidad de purificación y santificación del hombre a través del Espíritu Santo, ya que el Omnipotente ciertamente es más capaz de purificar, que lo que los poderes creados, corrompidos y caídos de las tinieblas son capaces de contaminar. Si el Soberano Señor no pretendiera que el hombre sea santificado, no lo demandaría; tampoco lo demandaría sin proveerle la ayuda necesaria para lograrlo, porque Dios no demanda ninguna imposibilidad.

Ahora, las Sagradas Escrituras testifican suficientemente que Dios demanda la santificación. Un escritor apostólico dice: “Dios no nos ha llamado a inmundicia, sino a santificación.”⁵ Y “así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a Sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra,” o en la eficacia purificadora de la Santa Palabra o Espíritu, que limpia el alma como el agua limpia al cuerpo, “a fin de presentársela a Sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese

⁵ 1 Tesalonicenses 4:7

santa y sin mancha.”⁶ En otro lugar escribe: “Así que, amados, puesto que tenemos tales promesas, limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios.”⁷ Y aún en otro lugar Él da esta exhortación: “Absteneos de toda especie de mal,”— luego prosigue—“Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo.” Y para alentarlos a buscar la santificación y a esperarla, Él inmediatamente les asegura: “Fiel es el que os llama, el cual también lo hará.”⁸

Vana es la pretensión imaginaria de que Cristo ya ha pagado todo el precio por nosotros, por el cual estamos completamente justificados ante los ojos de Dios y tenemos completa redención en Él, *sin* ninguna santificación en nosotros mismos. Pues, si esto fuera verdad, entonces Cristo pagó el precio de la redención para que el hombre continúe en un estado de contaminación, y para que practique el mal con seguridad, o para que sea justificado quebrando los mandamientos conocidos de Dios, sirviendo a Satanás durante toda su vida. Contrario a esto, la doctrina apostólica es, “quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia.”⁹ Y “por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos.”¹⁰ Y “los que

⁶ Efesios 5:25-27

⁷ 2 Corintios 7:1

⁸ 1 Tesalonicenses 5:22-24

⁹ 1 Pedro 2:24

¹⁰ 2 Corintios 5:15

hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?”¹¹ Y “No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias.”¹² Porque, “¿Qué fruto teníais de aquellas cosas de las cuales ahora os avergonzáis? Porque el fin de ellas es muerte. Más ahora que habéis sido libertados del pecado y hechos siervos de Dios, tenéis por vuestro fruto la santificación, y como fin, la vida eterna.”¹³

Es cierto, el apóstol dice, “porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados.”¹⁴ Pero esto no implica que Su sacrificio perfeccionó a aquellos que nunca llegaron a ser santificados. Esto no puede significar más que, aquellos que han experimentado la operación efectiva de la gracia divina al punto de ser santificados, obtienen remisión por medio de aquella ofrenda hecha por los pecados cometidos antes de su santificación, perfeccionando así su redención. Porque el pecado una vez cometido no se puede deshacer. Por lo tanto, nuestro Salvador a través de Su sacrificio, manifestó la misericordia, amor y bondad de Dios, siendo Él “a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados.”¹⁵ Aquí se muestra que una puerta de reconciliación está abierta para todos los hombres, pero aquellos que nunca experimentan la obra de santificación por su incredulidad y desobediencia a la gracia divina, se

¹¹ Romanos 6:2

¹² Romanos 6:12

¹³ Romanos 6:22-23

¹⁴ Hebreos 10:14

¹⁵ Romanos 3:25

privan a sí mismos de este inefable beneficio, porque es por medio de la santificación que alguien puede llegar a disfrutar efectivamente del beneficio del sacrificio de Cristo.

La ofrenda externa de Cristo por “todos los hombres,”¹⁶ manifestó el amor de Dios para todos, y demuestra que Él está dispuesto a perdonar los pecados pasados en todos aquellos que acepten sinceramente Sus términos de verdadero arrepentimiento y reforma, no obstante, la salvación de nuestra alma no es completada sólo por ese acto, ni la obra de redención terminada por nosotros sin nosotros. Aunque Cristo murió por nosotros para que seamos llevados a la gloria, aun así, no estamos verdaderamente purificados, ni preparados para entrar en el reino, ni hemos sido introducidos en él por esa única ofrenda externa. Ciertamente, fue abierto un camino para la reconciliación por la muerte de Cristo, pero no somos salvos por Su vida hasta que tengamos una experiencia viva de la obra de salvación en nuestros propios corazones. En verdad debemos “recibir con mansedumbre la palabra implantada, la cual puede salvar nuestras almas”¹⁷ y aprender a “trabajar en nuestra salvación con temor y temblor, porque Dios es el que en nosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad.”¹⁸ “Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida.”¹⁹

En fin, la redención perfecta consiste, *primero*, en

¹⁶ Romanos 5:18, 6:10; 1 Timoteo 4:10

¹⁷ Santiago 1:21

¹⁸ Filipenses 2:12-13

¹⁹ Romanos 5:10

pagar el precio del rescate, el cual nuestro Salvador pagó a través de Su sufrimiento y sacrificio; y *segundo*, en sacar al prisionero de la servidumbre y ponerlo en libertad, lo que Él mismo realiza por medio de la operación eficaz de Su Espíritu en los corazones de aquellos que lo reciben y se entregan totalmente a Él.²⁰

La humanidad no tiene motivos para quejarse o murmurar contra las dispensaciones de su benevolente Creador, porque en Cristo Él le ha dado a cada hijo de Adán un equivalente completo por la pérdida sufrida a través de su infeliz caída. “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, más tenga vida eterna.”²¹

Dios amó tanto a toda Su creación racional, que les dio a todos la oportunidad de ser salvos por medio de creer. Si alguno no la acepta, su rechazo es la causa de su condenación, y no la falta del amor de Dios, ni la oportunidad de aceptar y recibir el beneficio de ella. Los siguientes cuatro versos declaran claramente:

Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él. El que en él cree, no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios. Y esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los

²⁰ Esta es la doctrina del apóstol que aparece en su carta a los Efesios, en la que se les dice primero: “En Él tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados” (Ef. 1:17) y luego, tan sólo unos pocos versos después, los encomienda al “Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida” (Ef. 1:14)—Nota de Editor.

²¹ Juan 3:16

*hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Porque todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas.*²²

Sería irrazonable concluir que el mundo entero representa menos que toda la especie humana. El Apóstol Pedro dice,

*Porque la profecía no vino en los tiempos pasados por voluntad de hombre: más los santos hombres de Dios hablaron, siendo movidos por el Espíritu Santo. Pero hubo también falsos profetas entre el pueblo, así como habrá entre vosotros falsos maestros, que introducirán encubiertamente herejías de perdición, y aun negando al Señor que los compró, trayendo sobre sí mismos acelerada perdición.*²³

Esta Escritura indica que Cristo no murió solamente por aquellos que llegan a ser salvos, sino también por aquellos que atraen destrucción sobre sí mismos, de lo contrario no se podría decir que, por Su sacrificio, Él “compró” o condicionalmente pagó el precio de la redención tanto por unos como por otros. Pero, que Dios compró incluso a aquellos que lo niegan, y que por lo tanto causan su propia destrucción, también es afirmado claramente en las siguientes Escrituras: “para que por la gracia de Dios gustase la muerte por todos,”²⁴ y que “Él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros,

²² Juan 3:17-20

²³ 2 Pedro 1:21-2:1, énfasis mío

²⁴ Hebreos 2:9

sino también por los de todo el mundo.”²⁵

Es necesario que los medios siempre sean suficientes para obtener el fin. Por lo tanto, puesto que todos los hombres en todas las naciones y en todas las generaciones están en las mismas condiciones con respecto a su Creador, y naturalmente están en absoluta necesidad de Su ayuda para poder experimentar purificación y salvación, así los medios proporcionados para este propósito deben ser universales y capaces de alcanzar a todos. Debe haber un verdadero y poderoso don de santidad y bondad que sea capaz de cambiar la condición del hombre del mal al bien. Debe ser omnipotente, para que pueda capacitar al hombre para vencer a sus adversarios—el mundo, la carne y el diablo. Solamente un Espíritu superior a todo esto puede efectivamente limpiar el alma, y llevar a cabo la expulsión y exclusión de esos enemigos sutiles y poderosos que buscan continuamente mantener al hombre en la esclavitud de corrupción. Por lo tanto, nada sino el Espíritu Santo, Universal y Todopoderoso de Dios puede efectuar esta tan necesaria transformación en el hombre, rectificar el desorden que el pecado ha introducido en su naturaleza, y resucitarlo de un estado de muerte espiritual, por medio de producir en él un nacimiento nuevo y celestial de la vida divina. Sólo por la obra de este Espíritu, el hombre puede ser “creado en Cristo Jesús para buenas obras”²⁶ y restaurado a la imagen de Dios en la justicia y santidad de la verdad.²⁷

²⁵ 1 Juan 2:2

²⁶ Efesios 2:10

²⁷ Efesios 4:24

CAPÍTULO 4

LA REVELACIÓN DE CRISTO EN EL CORAZÓN

Todas las formas y las ceremonias exteriores, sin importar cuán erradamente sean estimadas y celebradas en la humanidad, son sólo señales externas y visibles, completamente ineficaces para lograr cualquier cambio o reforma real de la persona. La parte vital de la religión y el deber del hombre reside principalmente, en una atención correcta y obediencia fiel a la manifestación del Espíritu de Cristo en el corazón y en la conciencia. Aquel que presta la debida y constante atención a esto, en su medida es un seguidor de Cristo, y en cierto grado tiene la realidad del cristianismo en él—independientemente de su sistema de profesión religiosa o su ubicación en el mundo. Porque, ¿quién es siervo de Cristo, sino aquel que lo obedece voluntariamente? Y si el que actúa según los mandamientos verbales de Cristo es un seguidor, ¿no es también un seguidor él que carece del conocimiento de estos preceptos escritos, pero que sigue voluntariamente las directrices de Su Espíritu?

De este Espíritu participaron en algún grado los que entre los gentiles eran verdaderamente piadosos y religiosos, “Porque,” dicen las Sagradas Escrituras, “cuando los

gentiles que no tienen ley, hacen por naturaleza lo que es de la ley, éstos, aunque no tengan ley, son ley para sí mismos, mostrando la obra de la ley escrita en sus corazones, dando testimonio su conciencia, y acusándoles o defendiéndoles sus razonamientos.”¹ Me parece que aquí las palabras “por naturaleza,” no deben entenderse como si el apóstol pretendiera que los gentiles habían llegado a ser piadosos por alguna bondad en su naturaleza *caída*, que debe ser la misma que la del resto de los hombres. El contexto muestra que él estaba haciendo una distinción entre aquellos que gozaban del ministerio de la ley Mosaica y aquellos que no. Él usa la expresión “por naturaleza” en el mismo sentido que si hubiera dicho “sin educación bajo la ley,” y procede a demostrar que, a pesar de que ellos no tenían la ley, practicaban la sustancia de ella. Esto de ninguna manera implica que sus corazones *fuera*n su ley, sino más bien (como el apóstol lo explica) que la obra de la ley estaba *escrita* en sus corazones. Aunque estaban sin la ley de Moisés, no estaban sin la ley de Dios. Porque al recibir, retener y someterse a las impresiones divinas en sus conciencias, estaban bajo la ley de Cristo, o sujetos a la manifestación de Su Espíritu en sus corazones; y en proporción a su obediencia fueron partícipes de la naturaleza del Espíritu Santo dentro de ellos.

Es por la operación interna de *esta* naturaleza que llegaron a ser reformados en sus corazones y corregidos en su vida y práctica (en cualquier medida que alcanzaran), o como el texto lo tiene, que fueron capacitados para “hacer lo que es de la ley.” Su propia naturaleza como hombres, originalmente desordenada y depravada, nunca habría

¹ Romanos 2:14-15

podido llevarlos a esto, ni facultarlos para hacerlo, porque es propensa al mal y la reforma y religión verdaderas no provienen de ese terreno corrupto. De hecho, todo lo que es bueno, puro, justo y verdadero no viene de nada en la naturaleza del hombre, sino por gracia. Estos son los frutos de aquella buena Semilla sembrada universalmente en cada corazón por el gran y buen Sembrador, que arroja semillas en todo tipo de tierra con ese fin. El hombre sólo habría podido continuar en el aumento de la corrupción, la impiedad y la miseria, si no fuera por la luz y poder comunicados por este interno Espíritu Santo—como se muestra muy evidentemente por la conducta de los que no le prestan atención. Por lo tanto, no fue al seguir su *propia* naturaleza, que los hombres sensibles y piadosos entre los gentiles pudieron realizar las cosas contenidas en la ley Mosaica, sino por la obediencia a la ley interna de la naturaleza divina escrita en el corazón. De esta manera, en sus medidas, ellos pusieron en evidencia la eficaz operación y autoridad del Legislador divino dentro de ellos.

Por lo tanto, no se puede decir que los Gentiles que participaron de la ley escrita en el corazón, han sido excluidos de tener alguna parte en el evangelio. Porque el evangelio, tomado en toda su extensión, es la revelación del amor y la misericordia, y la oferta y operación de la gracia de Dios por medio de Cristo al hombre caído en su estado natural y corrupto con el fin de lograr su restauración y salvación. El evangelio no está limitado a las meras nuevas. Además de las palabras, va mucho más profundo y consiste esencialmente en lo que ellas declaran, a saber, *el poder de Dios administrado para la salvación del alma*. Al recibir y rendirse a este poder, la venida física de Cristo se hace ver-

dadera y plenamente efectiva en cada individuo. Aquellos que creen en Él y le obedecen en Sus manifestaciones internas y espirituales (por las cuales el evangelio “se predica en toda criatura que está debajo del cielo”²), pueden llegar a ser partícipes de Su vida y ser salvados por Él de la segunda muerte de miseria eterna, aunque por providencia divina estén incapacitados para conocer la historia externa de Su encarnación, muerte, resurrección, etc.

Que los gentiles piadosos y devotos fueron aceptados por Dios, aparece en el caso de Cornelio, porque nosotros hallamos que incluso antes de recibir el cristianismo histórico y verbal, su sincera devoción y reverencia a su Creador, y sus obras de caridad hacia los pobres “subieron para memoria delante de Dios.”³ Es más, el Señor le enseñó a Pedro (verso 15) que a los Gentiles que Él había limpiado así, no los llamara comunes o más inmundos que los creyentes judíos, y le hizo comprender claramente “que Dios no hace acepción de personas, sino que en toda nación se agrada del que le teme y hace justicia.”⁴ Por lo tanto, es manifiesto que aquellos que obedecen conscientemente las manifestaciones espirituales de Cristo en ellos, son internamente (aunque no necesariamente con una profesión externa) sus discípulos y sus seguidores, y creen verdaderamente en Él hasta donde Él les es revelado internamente; porque la obediencia es la prueba segura de una fe correcta.

Con respecto a los que no tienen la oportunidad de escuchar la historia del cristianismo, en cualquier parte del

² Colosenses 1:23, Traducción Literal

³ Hechos 10:4

⁴ Hechos 10:34-35

globo, por causa de obstáculos ineludibles, no me cabe duda de que son aceptados en su obediencia a la aparición espiritual de Cristo en sus corazones y, por lo tanto, participan de los beneficios de Su muerte. ¿Por qué no pueden ser tan capaces de recibir las ventajas del sacrificio de Cristo, como son capaces de recibir las desventajas de la caída de Adán, viendo que desconocen igualmente la historia de ambos? Pero ciertamente, aquellos a quienes las Sagradas Escrituras son por providencia divina comunicadas, están bajo doble obligación, puesto que son favorecidos con la ventaja adicional del relato histórico y la revelación escrita de Dios al hombre. Y seguramente esto contribuirá a su mayor condenación si no creen para obedecer. Porque los que mantienen la parte externa y no experimentan la interna, son creyentes imperfectos, superficiales e ineficaces, independientemente de cuán fuerte y estrictamente profesen la letra escrita. Estos son cristianos de nombre, pero no de hecho y en verdad. Es esencial para nosotros que tenemos las Escrituras, creer tanto en la venida externa, como en el ministerio interno de nuestro Salvador, rindiendo todo a Él, y confiando en Él con aquella “fe de la operación de Dios”⁵ que obra por amor la purificación del corazón y es la fe salvadora del evangelio.

Un Cristianismo completo tiene tanto un interior como un exterior—una profesión o apariencia corporal, y una vida y virtud que son como un alma para ese cuerpo. Los que están en posesión de ambos son cristianos completos. Los que tienen la parte interna sin la externa, aunque incompletos en este respecto, ciertamente, ante los ojos de la perfecta equidad, serán preferidos a los que tienen la

⁵ Colosenses 2:12 (RV 1602 Purificada)

parte externa sin la interna. Y de hecho, en el caso de aquellos que tienen la historia y profesan la religión cristiana, pero caminan en contra de sus requerimientos, creo que sería mejor para ellos que al final cambiaran sus condiciones por las de aquellos Gentiles sensibles que no tenían las Escrituras. ¡Qué aquellos que son como éstos consideren debidamente el siguiente texto! “De cierto os digo, que ni aun en Israel he hallado tanta fe. Y os digo que vendrán muchos del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham e Isaac y Jacob en el reino de los cielos; más los hijos del reino serán echados a las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes.”⁶

El verdadero Cristianismo no consiste en una profesión exterior de artículos o credos formulados por el hombre, tampoco en la práctica de señales y ceremonias, no importa con cuánta pompa y celo se expongan, o cualquier significado que les puedan atribuir sus partidarios. La forma y la profesión no hacen un cristiano verdadero, *sino el revestirse de una nueva naturaleza*. “Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos”⁷ y, “Si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas. Y todo esto proviene de Dios.”⁸ La necesidad de regeneración verdadera, el poder con el que se efectúa y la cooperación de Dios y el hombre en ella, están todos incluidos en este texto: “Porque si viviereis según la carne, moriréis; más si por el Espíritu mortificareis las obras de la carne, viviréis. Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios,

⁶ Mateos 8:10-12

⁷ Gálatas 5:24

⁸ 2 Corintios 5:17-18

los tales son hijos de Dios.”⁹

Este nuevo nacimiento no es producido en el hombre sin que lo perciba. El nuevo hombre es “renovado en conocimiento,”¹⁰ con una experiencia certera y sensible. El alma en la que esto está tomando lugar tiene una sensación interna de ello durante todo el progreso, y debe mantenerle un ojo firme para que pueda seguir avanzando. “Nosotros todos,” dice el apóstol “mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor.”¹¹ El hombre cae y crece en el pecado al mirar la engañosa belleza de la tentación, pero manteniendo un ojo firme internamente en Cristo en el espíritu, con una humilde entrega a Él y un ferviente deseo por Él, el hombre consigue su preservación y gradualmente avanza de un grado de gracia a otro. Esto continúa hasta que realmente experimenta una renovación de la semejanza divina en su alma y un traslado interno del pecado, la oscuridad y la muerte a la luz divina, la vida y la santidad, y por lo tanto, un cambio de la ansiedad y la miseria a la paz y la felicidad.

El hombre natural puede embellecerse y adornarse a sí mismo con una variedad de literatura, artes y educación, pero aún en sus mejores logros, todavía no es más que el hombre natural—uno del que el apóstol declara que “no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, y no las puede entender.”¹² Esta es la condición natural de todos los hombres antes de que comience la obra de renovación en

⁹ Romanos 8:13-14 RV1602P

¹⁰ Colosenses 3:10 RV1602P

¹¹ 2 Corintios 3:18

¹² 1 Corintios 2:14

ellos. Por lo tanto, viendo que todos están en necesidad de la gracia divina para llevar a cabo esto, y sabiendo que “Dios quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad,”¹³ es por eso que “la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres, enseñándonos”—por sus convicciones—“que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente.”¹⁴ Así, “El Dios de dioses, Jehová, ha hablado, y convocado la tierra, desde el nacimiento del sol hasta donde se pone.”¹⁵ De hecho, los escritos de los profetas y de los apóstoles nunca se han extendido tan universalmente en la humanidad como la gracia y poder de Dios.

Cristo fue dado “por pacto del pueblo, por luz de las gentes” ... y como “la salvación de Dios hasta los fines de la tierra.”¹⁶ No solamente ofrece Su gracia universal e individualmente, sino que incluso Él “aguardará para otorgarnos su gracia.”¹⁷ “He aquí,” dice Él, “yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo.”¹⁸ Cuando “le dijo Judas (no el Iscariote): Señor, ¿cómo es que te manifestarás a nosotros, y no al mundo? Respondió Jesús y le dijo: El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él.”¹⁹ Quien proclama esto es

¹³ 1 Timoteo 2:4

¹⁴ Tito 2:11

¹⁵ Salmo 50:1

¹⁶ Isaías 42:6, 49:6

¹⁷ Isaías 30:18 RV1977

¹⁸ Apocalipsis 3:20

¹⁹ Juan 14:22-23

Cristo en el Espíritu, “el que tiene oídos para oír, oiga.”²⁰

Pregunta: Pero si el hombre en su estado caído está muerto ¿cómo pueden oír los muertos?

Respuesta: Cuando el Salvador clamó: “¡Lázaro, ven fuera!”²¹ el hombre muerto fue vivificado e inmediatamente obedeció. La voz de Aquel que es un “Espíritu vivificante”²² tiene poder vivificador. “Viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren vivirán.”²³

Pregunta: ¿Qué quiere decir que Él está a la puerta?

Respuesta: Su maravillosa condescendencia, paciencia y longanimidad, al esperar en el alma del hombre para entrar. Cristo desea que todos los hombres sean persuadidos a abrir sus corazones voluntariamente a su Redentor.

Pregunta: ¿Cómo Cristo en el Espíritu toca a la puerta y llama?

Respuesta: Al influenciar el alma en sus temporadas de quietud y tranquilidad, despertando inclinaciones y deseos hacia lo que es bueno y verdadero; y en otros tiempos, al afligirla con dolorosas sensaciones de culpa y remordimiento por sus pecaminosos deseos y prácticas.

²⁰ Marcos 4:9, 23; 7:16, etc.

²¹ Juan 11:43

²² 1 Corintios 15:45

²³ Juan 5:25

Pregunta: ¿Cómo puede el hombre abrirle a Él y recibirlo?

Respuesta: Al renunciar a su amor a sí mismo y a las propensiones y deseos de sus sentidos carnales, y humildemente adherirse a la voz o manifestaciones presentes del Espíritu.

Pregunta: ¿Cómo entra el Señor en el hombre y come con él, y lo hace participar de Su cena?

Respuesta: Cuando el alma recibe al Espíritu de Cristo en fe, en amor y en debida sumisión, éste procede gradualmente a liberarla de la esclavitud e influencia de la corrupción, porque “donde está el Espíritu del Señor,”—en experiencia y posesión—“allí hay libertad.”²⁴ Y cuando Cristo ha traído al alma a un grado apropiado de purificación, Él derrama el consuelo de su amor en ella y la hace partícipe de la comunión de los santos, la cual es interior y espiritual. Esta es la verdadera cena del Señor. Él que participa de esto, discierne y prueba el cuerpo espiritual del Señor, y lo experimenta como verdadera comida y Su sangre como verdadera bebida.

²⁴ 2 Corintios 3:17

CAPÍTULO 5
EL NACIMIENTO DE LA VIDA DIVINA
EN EL ALMA

La humanidad no fue dejada en manos de Satanás, tampoco fue entregada a sus propias concupiscencias, ni a vivir sin Dios en el mundo. Un camino es establecido. Un medio es proporcionado. Dios ha sembrado un testigo divino en el corazón de cada individuo, el cual verdaderamente manifiesta lo correcto y lo incorrecto en las conciencias de aquellos que fielmente le prestan atención, proporcionándoles luz y poder para libertarlos de las neblinas del prejuicio y de las mentiras, y convirtiéndose en un conductor seguro para ellos y en el apoyo perfecto en los caminos de justicia y verdad. ¿Qué otro instructor es igual a este testigo tan íntimo? ¡Un monitor tan cercano, tan constante, tan fiel, tan infalible! Verdaderamente, este es el gran privilegio de cada hombre en el nuevo pacto—escuchar el evangelio predicado día a día en su propio corazón, sin dinero y sin precio, pero con certeza.

Ahora bien ¿Acaso es razonable concluir que este discernidor bueno, verdadero y penetrante sea algo menos que divino? ¿Puede alguna persona, después de una seria

consideración, imaginar que esto es de la naturaleza del hombre caído? ¿Es posible que una naturaleza tan corrupta y nublada distinga entre el bien y el mal tan clara e instantáneamente? Y, ¿podrá el corazón del hombre (que en las inspiradas Escrituras es declarado ser “engañoso más que todas las cosas y perverso”¹) tan fielmente reprobarse a sí mismo? ¿Podrá aquello que se deleita en su propia indulgencia y que no tolera restricción, actuar como un control diario en contra de sus propias inclinaciones? ¿Es propiedad del mal hacer el bien?

Ahora consideremos: Aquello que es natural guía de acuerdo a lo natural, y aquello que es espiritual según el Espíritu. Estas dos cosas se distinguen en la Escritura por los términos carne y Espíritu, y se dice verdaderamente que luchan entre sí dentro del hombre. Tal como el pecado lucha contra el Espíritu para destruir el alma, así el Espíritu lucha contra el pecado para salvarla. Ahora, ustedes que desprecian e injurian este testigo interno en lugar de recibirlo con humildad y agradecimiento, permítanme hacerles la siguiente pregunta: Mientras que confiesan que este testigo distingue entre lo bueno y lo malo dentro de ustedes, por medio de su aprobación de lo primero y su condenación de lo último, ¿pueden reconocer que es infaliblemente bueno y al mismo tiempo atribuírselo a ustedes mismos? “Yo sé” dice Pablo, “que en mí, esto es, en mi carne,” o perteneciente a mi naturaleza, “no mora el bien.”² ¿Está la naturaleza de ustedes en una mejor condición que en la que estaba la de él? ¿Hay alguna cosa buena en la de ustedes, a pesar de que no había ninguna en la de él? Él

¹ Jeremías 17:9

² Romanos 7:18

confesó que no tenía nada bueno como hombre. Supongo que ustedes no tienen más de lo que él tenía. ¿De dónde, pues, proviene este eficaz y justo Juez que aparece en sus conciencias? Ustedes no dirán que es de Satanás, entonces, debe ser o del hombre o de Dios; pero por las razones arriba mencionadas no puede ser del hombre, por lo tanto, debe ser de Dios. Maravillosa es la misericordia y grande la ventaja dada a cada hombre, que Dios mismo, según las Escrituras, de esta forma condesciende para ser el Maestro de Su pueblo a través de la manifestación de Su Espíritu en cada corazón. Ciertamente, este testigo interior debe ser aceptado y guardado con la mayor reverencia y agradecimiento.

La operación e incremento de este Espíritu vivo se convierten en una nueva vida en y para el alma obediente, viviéndola y refrescándola con una experiencia de divino amor, fuerza y consuelo. Esta vida, engendrada y dada a luz por el Espíritu Santo en la mente dispuesta, es llamada el *nacimiento* del Espíritu; y viendo que nuestros primeros padres inmediatamente después de ser creados fueron favorecidos con este nacimiento espiritual, pero que por desobediencia lo perdieron, a la reaparición de este nacimiento se le ha denominado *regeneración* y *renovación*, o el nacimiento de la vida divina renovado en el hombre. Puesto que somos herederos de la muerte espiritual en Adán, o en el estado y naturaleza caídos, sólo podemos nacer de nuevo para vida en Jesucristo por el poder y virtud de Su Espíritu Santo, quien es la resurrección y la vida.

Cada poder reproductor produce su propia semejanza —el espíritu maligno un nacimiento maligno, y el buen espíritu un nacimiento que corresponde a su bondad. Y así

como todo nacimiento natural permite un crecimiento, este nacimiento espiritual en el alma también lo hace. Nuestro Salvador representa su progreso gradual con las analogías del crecimiento de la semilla de mostaza, el proceso de la levadura, el agua viva que salta para vida eterna, etc. Los apóstoles Pedro y Juan también muestran que hay varios grados de experiencia entre los creyentes, usando las metáforas de bebés recién nacidos, niños, jóvenes y padres, y ciertamente hasta el estado de padres permite un crecimiento continuo, como el mismo Pablo dio testimonio. Porque, aunque Pablo verdaderamente afirmó que la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús lo había hecho libre de la ley del pecado y de la muerte, todavía era sensible a grados más altos de crecimiento aún puestos delante él, y después de treinta años en el apostolado él reconoce lo siguiente: “No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús. Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús.”³

Aquellos que consideran que la necesidad de que el hombre sea regenerado, transformado y guiado por el Espíritu de su Creador es un insulto a la razón humana, deshonran grandemente la Suprema sabiduría, bondad y poder. La dignidad de la naturaleza humana no consiste, en lo absoluto, en la autosuficiencia. El más alto de los seres angelicales no desea ni actúa de forma independiente a su Creador, mucho menos el hombre, que en su pureza

³ Filipenses 2:12-14

primitiva fue “hecho menor que los ángeles.”⁴ En verdad, el hombre está en una necesidad continua de ayuda divina, y su verdadera dignidad consiste en ser capaz de *recibir conscientemente* esta asistencia, y de este modo tener acceso a una bendita unión y comunión con su Hacedor y preservación en ellas. No es un menosprecio para un inferior ser dirigido y guiado por un Ser superior. ¡Especialmente por el Supremo Señor y único Autor de toda existencia! Dotada con Su Espíritu, en cualquier grado, la criatura es levantada por encima del más alto nivel de su propia naturaleza, y cuánto más es revestida de Él, más es dignificada y exaltada. En verdad, solamente cuando el Sol de Justicia emite Sus rayos vivificadores sobre el espíritu del hombre, es que el pobre gusano es capaz de volar y ascender por encima de sus límites terrenales hacia las regiones celestiales.

⁴ Salmo 8:5

CAPÍTULO 6

LA REGENERACIÓN

UNA EXPERIENCIA PERCEPTIBLE

Ahora bien, hombre, ¿cuál es el gran asunto de tu vida en este mundo, sino volver al paraíso de Dios y asegurar la herencia eterna que es incorruptible, incontaminada e inmarcesible? Para lograr esto, debes ser despojado de todo lo que te hace indigno de tener una entrada. Lo que haya sido la causa de la exclusión, debe ser removida. Lo que no pueda tener un lugar o habitación allí, debe ser separado de ti, o no podrás ser admitido. “Aquello que detiene, detendrá hasta que sea quitado del medio.”¹ Cualquier cosa que tengas en ti o alrededor de ti a la que estés apegado como consecuencia de la caída—todo el yo independiente y la mente carnal—debe ser entregada, o nunca podrás experimentar la restauración. El hacha del evangelio, el poder del Espíritu de Dios, debe ser puesta a la raíz del árbol corrupto en ti, para que sea desarraigado y la Vid de la vida plantada en su lugar. Entonces la Palabra implantada, la cual puede regenerar y salvar el alma, podrá florecer y producir sus frutos celestiales donde la naturaleza pecaminosa por tanto tiempo ha esparcido sus pro-

¹ 2 Tesalonicenses 2:7

ductos venenosos en el corazón. Es de aquí, solamente, que surge toda la verdadera felicidad en la criatura, y las alabanzas vivas para el eterno Autor de Salvación.

En el tiempo primitivo, la necesidad de regeneración no fue solamente predicada a los pueblos, sino que realmente fue experimentada por los creyentes. Tenemos un ejemplo claro y significativo en 1 Corintios 6:9-11 “¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No erréis; ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se echan con varones, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los estafadores, heredarán el reino de Dios. Y esto erais algunos; mas ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios.” Aquí el apóstol testimonia claramente que algunos de los hermanos Corintios, que habían sido de corazones contaminados y de vidas viciosas, fueron regenerados, lavados y santificados. Él muestra que este gran cambio en ellos fue hecho en el nombre (o poder) del Señor Jesús, y explica que es por medio del Espíritu de nuestro Dios. El apóstol Pedro coincide con Pablo al dar el mismo testimonio—“Habiendo purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad, mediante el Espíritu, para el amor fraternal no fingido, amaos unos a otros entrañablemente, de corazón puro; siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre.”² Muchos otros textos podrían ser añadidos para este mismo propósito.

El apóstol muestra particularmente la naturaleza y la

² 1 Pedro 1:22-23

manera de esta obra en los capítulos 7 y 8 de Romanos, que muchos, por falta de una experiencia verdadera, han sido inducidos a imaginar que fueron escritos con el fin de describir su propia condición en ese momento. Sin embargo, es evidente que estos capítulos comprenden diversas e incluso contrarias condiciones que él y otros habían experimentado en su progreso cristiano, y que era imposible que él estuviera en ellas al mismo tiempo, a saber: en un estado de oscuridad y en un estado de luz; en un estado de impureza y en un estado de pureza; en un estado de esclavitud y en un estado de libertad; en un estado de vida y en un estado de muerte.

En el capítulo 7:5, él dice, “Porque mientras estábamos en la carne,”—bajo el dominio de la naturaleza carnal—“las pasiones pecaminosas que eran por la ley obraban en nuestros miembros llevando fruto para muerte.” Aquí se refiere al estado de pecado y muerte en el que anteriormente estaban esclavizados, pero que ahora había pasado, como claramente aparece en el siguiente verso, “Pero ahora estamos libres de la ley, por haber muerto a aquello en que estábamos sujetos, de modo que sirvamos bajo el régimen nuevo del Espíritu y no bajo el régimen viejo de la letra.” En el verso 7, él vuelve a hablar del estado anterior y es más específico: “yo no conocí el pecado,” dice él, “sino por la ley.” Antes de llegar a sentir condenación en su propia consciencia, en la que le fue abierto un sentido del requerimiento de Dios, él permanecía en su primer estado natural de ceguera, aunque no sabía que era así, a pesar de su amplia educación y rigor legal. Aunque “muerto” en cuanto al sentido de la vida divina, él estaba “vivo” en el espíritu del mundo. “Y,” dice él, “yo sin la ley vivía en un tiempo;

pero venido el mandamiento, el pecado revivió y yo morí.” Ahora al quedar la naturaleza pecaminosa en oposición por la aparición y la administración interna de la ley espiritual, que trajo verdadera convicción, dicha naturaleza fue agitada nuevamente por el poder del mal, y se levantó como con nueva vida y vigor para evitar que él escapara de ella; “porque sin la ley el pecado está muerto.” Es decir, la naturaleza de pecado permaneció quieta y sin perturbaciones, disfrutando su indulgencia sin interrupción, hasta que la ley de la vida fue ministrada en su contra. Entonces “hallé que el mismo mandamiento que era para vida,” por la resistencia de esa naturaleza, “a mí me resultó para muerte; porque el pecado, tomando ocasión por el mandamiento, me engañó, y por él me mató,” o me oscureció y trajo una sensación de muerte sobre mí.

Parece que el pecado lo engañó primero con la creencia de que la ley produce muerte, porque él experimentó una sensación de muerte como resultado de las convicciones de esta ley. Pero en realidad, la muerte es el fruto del pecado, el cual es condenado por la ley. Entonces él dice, “la ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno. ¿Luego lo que es bueno, vino a ser muerte para mí? En ninguna manera.”³ Mas bien, encontró que aquello que se oponía tan violentamente a la ley fue lo que produjo la muerte y ocasionó que la condenación de la ley viniese sobre él, la cual descubrió esta muerte dentro de él. Esto fue permitido para que “el pecado, pueda mostrarse pecado,” y para que por la fuerza convencidora del mandamiento “llegase a ser sobremanera pecaminoso” a su vista, y fuera tenido por él con aborrecimiento.

³ Romanos 7:12-13

Luego él expresa con un vivo sentido de experiencia la esclavizante situación de este convencido, pero no cambiado estado, en el verso 14—“La ley es espiritual; mas yo soy carnal, vendido al pecado. Porque lo que hago, no lo entiendo.” Estoy convencido de que es malo y con mucho gusto quisiera ser libre, pero a pesar de mis convicciones estoy bajo su poder y no puedo librarme. “Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago.” Sin embargo, en paciente sumisión y aferrado fervientemente a Dios, algo de consolación y entendimiento acompañó este estado despierto; “Y si hago lo que no quiero, ya no lo hago yo, sino el pecado que mora en mí. Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley”—o poder—“en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley”—o poder—“del pecado que está en mis miembros.” Por tanto, impedido de lo que amo y llevado cautivo por lo que odio, ¡estoy en una miserable esclavitud! “¡Miserable de mí! ¿quién me libraré de este cuerpo de muerte?”

En conclusión, él procede a mostrar que, aunque en otro tiempo esa había sido su condición, ahora experimentaba libertad perfecta de todas las circunstancias confusas e hirientes, y de los distintos estados de ejercicio por los que anteriormente había pasado. “Ahora, pues,” él dice, “ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús,” (aunque antes claramente la había) “los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu. Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte.”⁴ Esto nuevamente testifica de su libertad y corresponde al verso citado

⁴ Romanos 8:1-2

previamente, “ahora estamos libres de la ley,” la cual condena por causa del pecado; “habiendo muerto a aquella en que estábamos sujetos [a saber, la naturaleza pecaminosa], de modo que sirvamos bajo el régimen nuevo del Espíritu y no bajo el régimen viejo de la letra.” Colosenses 1:12-14 está de acuerdo con estas Escrituras: “con gozo dando gracias al Padre que nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz; el cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo.”

Evidentemente, el experimentado apóstol en los pasajes de Romanos 7 y 8 citados arriba, incluye una representación de tres condiciones muy diferentes, mostrando el curso de su progreso y las diferencias entre ellas. Primero, el estado natural, ciego y no convencido, el cual es aquel de oscuridad y de muerte, que corresponde al caos original antes de que la luz resplandeciera. Segundo, el estado de iluminación y descubrimiento, de convicción y de guerra interna, con la expectativa de alcanzar una conversión completa. Este estado experimenta una mezcla, en la que la luz y la oscuridad están en el acto de separación, como aquello en Génesis 1:3-5. Tercero, el estado de redención del poder del pecado a través de la purificación, y traslado al reino espiritual de Cristo. Este es el estado del cristiano perfecto y completa la nueva creación, en la que todo toma su debido lugar y se mueve en el orden correcto.

Ahora apelo al lector—¿No es absurdo imaginar que estos tres estados diferentes, y en algunos aspectos contrarios, puedan subsistir juntos en la misma persona al mismo tiempo? En esta corta sección de su carta (que contiene una descripción breve pero completa de la obra del

nuevo nacimiento), el apóstol muestra los diferentes estados por los que los nuevos en la fe tienen que pasar en su viaje preparatorio, y además, en palabras de su propia experiencia les recuerda a los realmente regenerados, lo que ellos ya han experimentado. Él describe los diversos pasos y las principales directrices del Espíritu Santo, hasta que por su operación efectiva, el alma se convierte en una nueva criatura y le es otorgada una generosa entrada al Reino de Dios; al cual, siendo espiritual y en el interior, se entra por un camino interno y espiritual.

Por lo tanto, es muy claro que un hombre puede adquirir todo el aprendizaje, y recibir todos los grados que las escuelas y universidades otorguen, con toda la autoridad que los hombres proporcionen, y también puede ser estricto en la práctica de todas las formas y aspectos externos de religión, y sin embargo, seguir siendo un hombre natural. De hecho, esas cosas no pueden acercarlo más a la verdadera regeneración de lo que él estaba al momento de su nacimiento natural, porque el nuevo nacimiento es sólo obra del Espíritu Santo. Solamente el Espíritu de Santidad puede hacer a un hombre santo, porque nada puede comunicar o impartir lo que no posee. Nada puede liberar a los hombres del poder del pecado (y de su paga de muerte), excepto la ley o poder del Espíritu de vida en Cristo Jesús, ministrado individualmente. Este Espíritu Santo—que convierte a los pecadores en santos mediante una verdadera purificación, y que en cuanto a su estado interno los hace nuevas criaturas—es la verdadera luz y líder de las almas. Por medio de Sus manifestaciones inmediatas en el corazón, el Espíritu se vuelve el guía principal de la vida y la conducta, y también frecuentemente trae a la memoria las

verdades de la Escritura, abriendo su significado de manera provechosa para el entendimiento, e influenciando la mente y el corazón a vivir de acuerdo a la verdad revelada de Dios.

Es evidente que el apóstol describe, en las escrituras antes mencionadas, diversos cambios de condición, que a través de la operación y efecto del Espíritu Santo, él ciertamente había conocido y sensiblemente sentido. Sin embargo, hay muchos en el cristianismo, incluso entre los líderes del pueblo, que desechan todas las experiencias internas e individuales del Espíritu como si fuesen una fantasía entusiasta y distorsionada. ¡Ay!, estos hacen un espectáculo de su conocimiento al hablar de las cosas de Dios, pero carecen de un entendimiento correcto de ellas; porque en verdad la soberbia del conocimiento natural y el adorno de la elocuencia no tienen más concordancia con la Verdad que la vanagloria de la vida. Estas cosas pertenecen a la sabiduría del mundo, por la que Dios no puede ser conocido; porque “el mundo por medio de su sabiduría no conoció a Dios,”⁵ ni las cosas de Dios. Todo el conocimiento del hombre natural, del hombre cuya naturaleza permanece sin cambios (sea llamado pagano, judío o cristiano, y su conocimiento sea llamado filosofía o divinidad), no es más que la sabiduría ineficaz y conocimiento mental de este mundo; no es la sabiduría de arriba por la que únicamente es conocido y experimentado Dios y Sus cosas. La sabiduría de Dios está fuera del alcance de las artes, los idiomas y las ciencias del hombre, y sólo se descubre por la manifestación del Espíritu de Cristo en el corazón—“en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y

⁵ 1 Corintios 1:21

del conocimiento.”⁶

Sin embargo, aunque el mundo no conoce a Dios por medio de su admirada y celebrada sabiduría, hay una sabiduría dada al hombre por la cual Él es conocido. “Porque Dios,” dicen las sagradas Escrituras, “que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz”—o aparición interna—“de Jesucristo.”⁷ El apóstol agrega, “Pero tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros.”⁸ Este poder excelente e iluminador opera en el que lo recibe con humildad y agradecimiento, para abrir su entendimiento de lo que lee, tanto en las Escrituras como en otros escritos provenientes de una experiencia viva, a menudo concediéndole *sentir* lo que está leyendo y cosechar sus provechosos efectos. Pero el que rechaza los medios nunca puede obtener el fin. Aquel que se rehúsa o huye de la luz de la vida cuando ella, mediante sus reprensiones y convicciones, se ofrece a sí misma a él (no creyendo que sea de Dios, ni recibéndola como tal), detiene su operación e impide que ella se le revele y se extienda en él. El corazón incrédulo cierra su propio camino, y por lo tanto permanece insensible al poder interno del Salvador.

¿Qué hombre en la tierra puede decir que no ha sentido estas convicciones? ¿Y quién puede tener un sentido de ellas y no distinguirlas de los esfuerzos de su propia razón, ni distinguir al Reprobador del reprobado? Es impo-

⁶ Colosenses 2:3

⁷ 2 Corintios 4:6

⁸ 2 Corintios 4:7

sible que haya convicciones que no se sientan. ¿Puede ser experimentada la obra de renovación sin ninguna percepción de su progreso? ¿Describió el apóstol Pablo, con tanta sensibilidad, los estados dolorosos por los que había viajado y los poderes opuestos que habían hecho guerra dentro de él, sin nunca haberlos sentido? ¿Deben ser tratadas sus experiencias cristianas como el mero producto de una apasionada o distorsionada fantasía? ¿Es posible que una persona experimente el arrepentimiento para vida, la remisión de pecados y los “tiempos de refrigerio de la presencia del Señor,”⁹ sin sentirlos internamente? Todos los clamores, los anhelos y la sed tras la presencia divina, ¿fueron expresados por los escritores sin un profundo sentido de su carencia? Todas sus triunfantes alegrías en la consolación de Su presencia, ¿fueron expresadas bajo una total insensibilidad de ellas? Los frutos del Espíritu y los consuelos del Espíritu Santo, ¿no fueron sentidos por quienes los disfrutaron? ¿Quién puede afirmar estas cosas tan absurdas? ¿Hasta dónde pueden llevar estos guías ciegos a sus ciegos seguidores? Aquellos que le dan la espalda a la luz, caminan en tinieblas. Es propiedad exclusiva del Espíritu de Cristo, la Luz de los hombres, darle verdaderas revelaciones al alma, tanto respecto a sí misma como de todo lo demás que le concierne. Por lo tanto, Él es correctamente llamado el “Sol de Justicia”¹⁰—porque Él es para el alma del hombre, exactamente lo mismo que el sol en el firmamento es para el cuerpo. Uno es la luz externa, el otro es la luz interna.

Es el hombre incrédulo y no renovado, ajeno a la ope-

⁹ Hechos 3:19

¹⁰ Malachi 2:14

ración efectiva de este Espíritu celestial, el que inconscientemente lo rechaza y menosprecia, y de este modo contribuye a mantenerse, tanto a sí mismo como a otros, ciego con respecto al Espíritu y prejuiciado en Su contra. “El hombre natural,” dice el apóstol, “no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente.”¹¹ ‘¿Qué?’ dice el hombre poderoso en la razón, ‘¿Debo quitarme los ojos para poder ver? ¿Debo dejar a un lado mi razón y renunciar a ella para obtener un mejor entendimiento? ¡Es imposible y absurdo!’ No, la *correcta* razón no es la que está siendo objetada ni desaconsejada, porque la razón correcta es verdadera, y siempre concuerda con los movimientos internos del Espíritu de la Verdad. Sin embargo, evidentemente aparece (en los diversos prejuicios, presuposiciones, debilidades y diferencias irreconciliables entre los hombres) que muchas veces la razón *humana* está lejos de estar de acuerdo con la razón *correcta*. Por tanto, se está advirtiendo contra de la colocación de la sabiduría humana por encima de su debido lugar en la religión, de hacerla líder en lugar de seguidora de la revelación, de hacerla maestra en lugar de aprendiz, y de estimarla con algún tipo de autosuficiencia e independencia de la dirección y ayuda del Espíritu Santo de Dios

Así como la luz del sol es dispensada perfectamente por la soberana sabiduría, de tal manera que no ciega los ojos de los hombres, sino más bien los ayuda a usarlos adecuadamente; así mismo la iluminación e influencia divina es administrada por la misma sabiduría, en tales grados, que no excluye la razón del hombre, ni la priva de su utili-

¹¹ 1 Corintios 2:14

dad, sino que la restaura a su uso apropiado en la religión al disipar las neblinas del prejuicio y de la pasión, dándole un claro sentido de su deber y suministrándole la capacidad de realizarlo. Los hombres santos de Dios no fueron privados de sus entendimientos cuando ellos hablaron y escribieron según fueron movidos por el Espíritu Santo. Al contrario, ellos sintieron su entendimiento iluminado y altamente mejorado por Él. Ellos no fueron usados por el Espíritu como si fuesen maquinas insensibles o vegetales irracionales, inconscientes de la virtud que estaba surgiendo en ellos y que los estaba empoderando. Sus facultades fueron iluminadas y elevadas a un nivel de utilidad mucho más alto del que alguna vez pudieron experimentar cuando no eran asistidos por el poder de la gracia divina. Por lo tanto, con mucha razón, uno de los escritores inspirados ha dado esta tan necesaria exhortación: “Fíate de Jehová de todo tu corazón, y no te apoyes en tu propio entendimiento.”¹² Y además dice, “El que confía en su corazón es necio.”¹³

¹² Proverbios 3:5

¹³ Proverbios 28:26

CAPÍTULO 7

LA LEY DEL ESPÍRITU DE VIDA
EN CRISTO JESÚS

A pesar de que a muchos se les enseña a suponer una importancia y una eficacia en diversas ceremonias, señales y sombras externas de la dispensación de la ley, no obstante, es cierto que “en Cristo Jesús ni la circuncisión vale algo, ni la incircuncisión, sino la fe que obra por el amor.”¹ De hecho, ni la práctica, ni la negación de las formas y de los rituales valen algo para con Dios—Aunque lo primero pueda mantener infructuosamente ocupados a los que las practican, y peligrosamente engañarlos a poner su confianza en sus propias obras o en las de sus líderes.

La religión del verdadero cristiano consiste en sustancia, no en una forma externa. No viene de la actividad de la razón, imaginación u opinión humana, sino de la experiencia del amor divino en la Luz de la Vida que se siente en lo profundo del corazón. Su fundamento es nada menos, que la administración inmediata del Espíritu Santo de Dios al espíritu del hombre. Este Espíritu le muestra al hombre los pensamientos de Dios acerca de él, y revela quién y qué es el Señor, en la medida que le concierne al creyente. Abre el

¹ Gálatas 5:6

entendimiento y dirige el deber del obediente; porque “el hombre no es señor de su camino, ni del hombre que camina es el ordenar sus pasos.”² Es la luz del Cordero la que muestra el camino de salvación, la única gran Luz designada para gobernar el día (o dispensación espiritual) del cristianismo, en la cual deben caminar los que son salvos.

El hombre en su estado natural puede, al leer y estudiar, acumular abundancia de nociones sobre el Ser Supremo; pero tal como la luz manifiesta todas las cosas, y aun así no puede ser conocida realmente sino por su propia aparición, así Dios (quien en el sentido más perfecto, es luz) sólo puede ser conocido por medio de Su propia manifestación inmediata. Lo que los hombres normalmente llaman conocimiento de Dios no es más que una serie de ideas acerca de Su esencia, Sus atributos y Su providencia, pero nuestro Salvador llamó conocimiento de Dios, a *la experiencia real y consciente de Su vida*. “Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado.”³ Conocerlo verdaderamente es participar del sentido vivificador de Su vida, a través de la influencia de Su Espíritu eterno que es comunicada. En consecuencia, el verdadero conocimiento de Dios es la participación del nuevo pacto, o de la verdadera dispensación del evangelio, porque es aquí que es declarado, “todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande.”⁴

Por consiguiente, el cristiano verdaderamente vivo

² Jeremías 10:23

³ Juan 17:3

⁴ Jeremías 31:34

tiene un sentido certero de la vida divina en su propio pecho, el cual le proporciona instrucción, fuerza y consuelo, de tal manera que él lo espera con fidelidad, y no está bajo la absoluta necesidad de apoyarse en las enseñanzas de otros hombres. Sin embargo, cuando los maestros vienen en una medida de la misma vida, él los siente y los acepta como instrumentos de Dios. Esta vida de Dios en Cristo es el alma misma del cristianismo, sin la cual las mejores formas y las más elevadas profesiones son sólo miembros indeseables de un cuerpo muerto.

“El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida.”⁵ “Porque yo vivo,” Él dice, “vosotros también viviréis. En aquel día vosotros conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros.”⁶ Es porque Él vive y comunica Su vida a Sus seguidores espirituales, que ellos también viven. La verdadera iglesia (el cuerpo de Cristo que Él adopta de entre todas las denominaciones) está compuesta de estos. Sólo ellos son Su especial heredad y sacerdocio.

El cuerpo de Cristo es un cuerpo vivo, hecho así por el soplo de Su vida. Él mismo es la vida en común de todos Sus miembros verdaderos, y a través de Su influencia viva les comunica un sentido vivo de la verdad, los inclina hacia Sí mismo y los inspira con el deseo y el poder de la obediencia. Y a medida que estos avanzan en fidelidad, Él los favorece con pruebas crecientes de gracia y amor divinos, con el dulce sabor de la unción santa y con la virtud y gloria de Su presencia celestial que mora en el interior. Sólo

⁵ 1 Juan 5:12

⁶ Juan 14:19-20

hay “un cuerpo, y un Espíritu.”⁷ Si no hubiera un único y mismo Espíritu en toda la iglesia, no podría ser un único cuerpo, ni un cuerpo vivo. “El cuerpo de Cristo no puede vivir sino por el Espíritu de Cristo,” dijo Agustino. Él que no participa con la Cabeza del mismo Espíritu, no es un miembro verdadero del cuerpo. Su influencia espiritual es la sangre preciosa o manantial de vida que hace que todos Sus miembros vivan. Y Aquel que da vida, también da un sentido de esa vida, la cual “está escondida con Cristo en Dios.”⁸—escondida del conocimiento de aquellos que aún no han sido vivificados por ella; y es de aquí que viene toda su oposición en contra de ella.

Todos nosotros somos por naturaleza extraños a esta vida divina, y de ninguna manera podemos obtenerla por nosotros mismos. No es por la consecución del hombre, sino por la comunicación de Dios; por lo tanto, ella está tan lejos del alcance del más estudiado como del más inculto. Está escondida de los sabios y prudentes a sus propios ojos, y es revelada a los que son como niños para la sabiduría del mundo. Dios no enseña al altivo ni aprendido, sino al pequeño y humilde, y al manso lo guía por caminos de verdad y juicio. Por lo tanto, los ojos de todos solo deben ser dirigidos humildemente hacia Dios, y no ser puestos en los sabios, los escribas ni disputadores de este mundo; porque Dios por medio de la poderosa simplicidad y pureza de Su dispensación del evangelio, “ha enloquecido la sabiduría del mundo.”⁹ Sin embargo, el mundo ama tanto su propia sabiduría, que ha derribado la cruz de Cristo en gran

⁷ Efesios 4:4

⁸ Colosenses 3:3

⁹ 1 Corintios 1:20

medida, junto con la verdadera religión espiritual, y en su lugar ha erigido y respaldado al ídolo actual. El mundo se ha arrodillado ante esta imagen, y de hecho, ha sido un medio para cegar, atrapar y engañar a sus adoradores, cuya fe está en la sabiduría del hombre y no en el poder de Dios.

A partir de la debida consideración del glorioso propósito de la creación del hombre, así como también del estado degradado y corrupto de la humanidad desde la caída, debe mostrarse evidente que la única cosa necesaria siempre ha sido la *regeneración verdadera*—la obra esencial que todos tienen que experimentar. Y así como el nacimiento del Espíritu no puede ser producido por ninguna otra cosa que no sea el Espíritu, así su crecimiento y realización deben ser preservados por este mismo Espíritu. Por lo tanto, la permanencia o morada del Espíritu en el interior, es de absoluta necesidad para el regenerado, para que en la medida que sus almas son vivificadas en la vida divina por el Espíritu, en esa misma medida continúen viviendo, moviéndose y teniendo su ser como cristianos en Él, y ser sostenidos en unión espiritual y comunión bendita con su Hacedor.

La esencia de la verdadera religión siempre ha sido la misma, consistiendo primeramente, en la vida de Dios siendo resucitada en el corazón, y en el amor de Dios derramado allí, operando internamente hasta lograr una verdadera renovación, y para llevar a todo fruto virtuoso y benevolente. Cualesquiera que sean las cosas externas o ceremonias que en ciertos tiempos hayan sido añadidas por la dirección u ordenanza divina, no fueron con la intención de alterar o desenfocar al hombre de su debida y constante atención a la religión vital y espiritual. Fue sólo

cuando el hombre llegó a estar muy degenerado en cuanto a lo interno y lo espiritual, y oscurecido al respecto, que el misericordioso Creador se plació (por medios adecuados a su condición alejada y carnal) apuntársela a través de señales y símbolos, y por medio de estas cosas guiarlos hacia ella. Por lo tanto, la ley Mosaica no estaba destinada a ser toda la religión de los Israelitas, o a reemplazar la religión interna de Abraham, sino sólo a ser un “ayo para llevarlos a Cristo”¹⁰ en el Espíritu, en quien todo está incluido y cumplido, y cuya presencia estaba en ese entonces con los fieles en Israel, quienes tenían una comunión espiritual con Él. Porque de acuerdo a la Escritura, “todos comieron el mismo alimento espiritual, y todos bebieron la misma bebida espiritual; porque bebían de la roca espiritual que los seguía, y la roca era Cristo.”¹¹

Suponer que la religión entera desde siempre haya consistido en modas o formas, o que el Señor en algún momento haya prescindido de la substancia interna por el bien de la sombra externa es vano. No, Él es Dios y no cambia. Su ley es Su propio Espíritu de eterna perfección. Las diferentes modificaciones que Dios ha usado entre los hombres en puntos de religión han sido ocasionadas por las diferentes alteraciones en las condiciones de la humanidad. El Dios Omnisciente ha dirigido a algunos por un tiempo, misericordiosamente, a sombras y ceremonias externas para el buen fin arriba mencionado; y los hombres han inventado y añadido muchas más, de acuerdo a sus propios malentendidos carnales de cosas espirituales, o para hacer avanzar sus propios propósitos siniestros. Pero

¹⁰ Gálatas 3:24

¹¹ Corintios 10:3-4

las formas externas son sólo asuntos temporales; no son la esencia del cristianismo verdadero. El gran Autor del cristianismo describe esta esencia como “una fuente de agua que salta para vida eterna.”¹² Surge de un Espíritu viviente, permanente y creciente en el hombre, el cual es de una naturaleza pura y celestial. A medida que este es recibido con amor, se expande en el alma y expulsa las obras y el poder de las tinieblas, y produce Sus propios frutos genuinos de humildad, negación del yo, paciencia, justicia, santidad, mansedumbre, gentileza, templanza, bondad, afecto fraternal, amor, rendición a Dios y confianza en Él solamente. Esta obra deriva su origen del cielo y conduce de regreso a él, llevando al alma fuera de todas las formalidades y los falsos reposos, hacia la Suprema bondad misma. Destruye toda voluntad del yo y lleva a la perfecta rendición a la voluntad divina. En esta humilde y contrita condición (y no en otra) podemos sincera y verdaderamente decir: “¡Venga tu reino. Hágase tu voluntad!” Porque mientras que nuestras voluntades están separadas de la voluntad de Dios, no podemos dirigirnos en estos términos a Él con propiedad, o en Espíritu y verdad.

Ahora, el orgullo del hombre es naturalmente hostil a esta condición abatida y contrita. No sabe cómo someterse para ser nada, o para considerarse a sí mismo nada, aunque ciertamente, es peor que nada. Con muchas ganas se establecería y exaltaría a sí mismo como poseedor de importancia, estima y mérito propio, sin embargo, todas sus pretensiones son falsas y vanas. En verdad, el hombre no es sino lo que Dios ha hecho de él, y no posee nada sino lo que Dios le da. Él es completamente de Dios y no de sí

¹² Juan 4:14

mismo, y por tanto está obligado a caminar en obediencia a Él en cada momento de su vida, la cual se le da con ese fin. Y viendo que el hombre no cumplió con su deber, y que ha pecado contra su Creador mediante la desobediencia, no está en su poder, por mucho que pueda hacer, merecer el cielo o comprar remisión para sí mismo. Él tampoco puede deshacer lo que ha hecho, ni entregarle a su Creador un equivalente por las transgresiones que ha cometido en Su contra. Pero tal es la misericordiosa bondad y la gracia gratuita de Dios hacia Sus indefensas criaturas, que Él ofrece tanto el perdón como la felicidad bajo los términos más razonables. Para los “dispuestos y obedientes,”¹³ para el que sea “fiel hasta la muerte,”¹⁴ para el “que venciere”¹⁵ (por medio del poder del Espíritu), para estos son las promesas de la vida eterna. Sobre la base de estas ofertas gratuitas y voluntarias de la bondad divina, y del cumplimiento de las condiciones por parte del hombre, descansa su derecho de entrar. “Bienaventurados los que hacen sus mandamientos, para que tengan derecho al árbol de la vida, y que entren por las puertas en la ciudad.”¹⁶

En la Escritura, las leyes y los requisitos de Dios para el hombre a menudo son llamados pactos. El hombre en pacto con Dios le debe su mismo ser y todo el bien que recibe, tanto espiritual como temporal, a su Hacedor, con quien está en deuda por todo. Por lo tanto, Dios tiene el derecho incuestionable de demandar todo el afecto, la gratitud y la obediencia del hombre, y más especialmente,

¹³ Isaías 1:19

¹⁴ Apocalipsis 2:10

¹⁵ Apocalipsis 2:7, 11, 17, 26; 3:5, 12, 21; 21:7

¹⁶ Apocalipsis 22:14 RV1602P

cuando todos Sus tratos contribuyen a su bienestar eterno. También hay un pacto interno y espiritual (una conexión o unión divina), que el corazón del hombre llega a sentir a medida que crece en fidelidad a su Creador. Este es el Espíritu de Vida en Cristo Jesús, el cual libera el alma del cautiverio del pecado y de la muerte, y la une a su Salvador en el poderoso pacto de amor divino. Por este pacto, a través de la fe, el alma es injertada en Cristo, y mediante la obediencia permanece en Él como una rama en la vid; porque “el que se une al Señor, un espíritu es.”¹⁷ Las almas regeneradas tienen una conciencia y entendimiento ciertos de esta unión viva, en proporción a su progreso. “En esto conocemos que permanecemos en él, y él en nosotros, en que nos ha dado de su Espíritu.”¹⁸—“Y en esto sabemos que él permanece en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado.”¹⁹ Por lo tanto es evidente, que el don del Espíritu es el que comunica este entendimiento al alma.

¹⁷ 1 Corintios 6:17

¹⁸ 1 Juan 4:13

¹⁹ 1 Juan 3:24

CAPÍTULO 8

LA RELIGIÓN INTERNA Y ETERNA

A lo largo de todo el Antiguo y Nuevo testamento, aparecen señales evidentes de la religión interna y de la manifestación inmediata del Espíritu para llevarlos a ella.¹ Antes del diluvio, el mundo antiguo fue favorecido con la manifestación del Espíritu Santo, como está implícito en Génesis 6:3, “No contendrá Mi Espíritu con el hombre para siempre,”—o más bien “en el hombre,” como debería traducirse el hebreo. Y, de hecho, ¿en qué otro lugar se podría decir correctamente que el Espíritu contiene con el hombre sino en el alma, donde está la sede de la corrupción del hombre y donde se aplican todas las sugerencias del mal? ¿Y con qué fin contiene el Espíritu con ellos, sino para lle-

¹ Nota del Editor: Aunque los primeros cuáqueros creían que una medida del Espíritu siempre ha estado obrando en los corazones que buscaban a Dios, inclusive desde la caída de la humanidad, sin embargo, creían que un dote mayor y más pleno del Espíritu fue “derramado sobre toda carne” en el Nuevo Pacto. William Penn explica que el Espíritu “fue comunicando más escasamente en las dispensaciones anteriores” pero, empezando en Pentecostés, “la luz que resplandeció tenuemente antes, empezó a resplandecer desde las tinieblas y el lucero de la mañana comenzó a salir en los corazones de los creyentes, para darles el conocimiento de Dios en el rostro, o aparición, de Su Hijo, Jesucristo.” (*Una Breve Reseña del Surgimiento y Progreso del Pueblo llamado Cuáqueros*, Capítulo 1)

varlos al arrepentimiento y reforma, y a la experiencia del Reino o poder reinante de Dios dentro ellos?

La renovación del corazón por el Espíritu Santo, los genuinos frutos del arrepentimiento hacia Dios, la fe en Él y la obediencia a Él, también eran parte principal y esencial de la religión, incluso entre los Israelitas. En Deuteronomio 30:10, Moisés muestra las condiciones por las cuales, si ellos las cumplen, tendrían derecho a las promesas —“cuando obedecieres a la voz de Jehová tu Dios, para guardar sus mandamientos y sus estatutos escritos en este libro de la ley; cuando te convirtieres a Jehová tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma.”² Estos eran los términos: Primero, que debían guardar la ley; esta era la parte externa y legal de su deber, que mayormente consistía en figuras y testimonios de la religión interna y espiritual. Segundo, que debían convertirse con todo su corazón y con toda su alma a Dios; esta era la parte interna y evangélica de su pacto. Moisés no los dejó en un estado de incertidumbre, sino que procedió a mostrarles a qué debía volverse su atención interna. “Porque,” él dice, “este mandamiento que yo te ordeno hoy”—o aquello a lo que te ordeno que vuelvas tu corazón—“no es demasiado difícil para ti, ni está lejos. No está en el cielo, para que digas: ¿Quién subirá por nosotros al cielo, y nos lo traerá y nos lo hará oír para que lo cumplamos? Ni está al otro lado del mar, para que digas: ¿Quién pasará por nosotros el mar, para que nos lo traiga y nos lo haga oír, a fin de que lo cumplamos? Porque muy cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón, para que la cumplas.”³

² Deuteronomio 30:10

³ Deuteronomio 30:11-14

El apóstol explica este pasaje en Romanos 10:6-8, “La justicia que es por la fe dice así: No digas en tu corazón: ¿Quién subirá al cielo? (esto es, para traer abajo a Cristo); o, ¿quién descenderá al abismo? (esto es, para hacer subir a Cristo de entre los muertos). Mas ¿qué dice? Cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón. Esta es la palabra de fe que predicamos.”⁴ Por esta explicación del apóstol se evidencia: *Primero*, que Moisés en aquel entonces, además de la ley escrita,⁵ le predicó a Israel la misma Palabra de fe que Pablo y sus hermanos evangélicos predicaron. *Segundo*, que esta Palabra es Cristo Mismo en el Espíritu, demandando atención y obediencia en el corazón (o conciencia) del hombre, para efectuar su restauración y salvación. Y *tercero*, que esto no se refiere a un lugar o tiempo, sino que es una visitación interna del Salvador de la humanidad por Su Espíritu, en el corazón.

La Palabra de Fe es la Palabra de la verdad, la Palabra del evangelio eterno y no una composición de letras. El término *palabra*, como muchos otros términos, se usa en varios sentidos, como: un discurso o dicho, un reporte, un mandamiento, una exhortación, instrucción, etc., todos estos compuestos de palabras. Y así como los hombres usan palabras para comunicar su sentido o significado unos a otros, de la misma manera Dios comunica Su entendimiento a los hombres por medio de Cristo, quien es peculiar y enfáticamente llamado en la Escritura la Palabra de Dios. Es más, al igual que las palabras se reciben al oír-

⁴ Romanos 10:6-8

⁵ Véase Deuteronomio 29:1 donde dice, “Estas son las palabras del pacto que Jehová mandó a Moisés que celebrase con los hijos de Israel en la tierra de Moab, *además del pacto* que concertó con ellos en Horeb.” (énfasis mío)

las de la boca de otros, también, la manera por la cual el alma recibe internamente del Espíritu Santo entendimiento, reprensión, etc., es metafóricamente llamado oír, o “el oír de la fe.”⁶ Así, la fe, que es el don de Dios, se dice que viene “por el oír, y el oír, por la Palabra de Dios.”⁷ Es decir (según puedo comprender), que el oído interno mismo es abierto en el alma por el Espíritu de Cristo, y que la verdad es comunicada allí por el mismo Espíritu.

Por lo tanto, vemos que el mandamiento divino dado a los judíos, no consistía solamente en la ley externa y escrita; ni tampoco se les mantuvo en ignorancia de la religión interna y espiritual, o de un futuro estado de recompensas y de castigos. Porque si hubiera sido así, ¿con qué propósito Moisés les insistía con tanto fervor que consideraran su final? “¡Ojalá fueran sabios, que comprendieran esto, y que consideraran su día final!”⁸ O, ¿por qué él ordenaría que la atención de ellos estuviera en la Palabra viva de fe (Cristo en el corazón), así como también en el código escrito? Él era un profeta eminentemente inspirado, y sabía bien que la salvación sólo viene por Cristo, y que esta ley interna y espiritual es preferible a la exterior tanto como la sustancia es a la sombra. La obediencia a la ley externa y temporal tenía promesas externas y temporales; pero la obediencia a la ley interna y espiritual tiene promesas de una naturaleza interna y eterna. Por las obras de la primera ningún hombre se podía justificar; pero por la operación de la última, se obra la santificación y se experimenta la salvación. De hecho, Moisés era un tipo de Cristo,

⁶ Gálatas 3:2,5

⁷ Romanos 10:17

⁸ Deuteronomio 32:29, Traducción literal del inglés

y la ley temporal con sus recompensas temporales, un tipo de la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús y de su recompensa eterna.

Pero, se podría preguntar: Si la ley espiritual siempre era proporcionada, ¿qué motivo había para añadir los estatutos temporales? A lo que respondo, primero: Los israelitas, al vivir bajo la servidumbre de un pueblo sumamente supersticioso e idólatra, ellos mismos se habían vuelto propensos a la superstición y a la idolatría. “Antes se mezclaron con las naciones,” dijo el Salmista “Y aprendieron sus obras, y sirvieron a sus ídolos, los cuales fueron causa de su ruina.”⁹ Ellos tenían que ser sacados de esta idolatría, y por su obediencia al único Dios verdadero, convertirse en un ejemplo para las naciones que los rodeaban, para influir en el regreso de ellos también.

Aunque todos tenían la Palabra cerca en el corazón, sin embargo, habiendo perdido el verdadero sentido de lo que era, entonces la ley “fue añadida a causa de su transgresión”¹⁰ y corrupción, hasta la venida de Cristo en la carne. La sabiduría divina, al ver que su apego profundo y habitual a las formas y supersticiones del paganismo no admitiría una redención plena e inmediata, accedió a encontrarse con ellos en el estado en el que estaban, y a proceder gradualmente con ellos, permitiendo algunas formas y ceremonias que eran “figuras de las cosas celestiales.”¹¹ Así, Él hizo de la ley externa un instrumento temporal para llevarlos gradualmente hacia esa religión perfecta que Él pretendía (en su debido tiempo) introducir y establecer en su

⁹ Salmos 106:35-36

¹⁰ Gálatas 3:19

¹¹ Hebreos 9:23

pureza, para que todos los hombres entraran y caminaran en ella.

Mientras tanto, a la Soberana Sabiduría le pareció bien hacer sonar una alarma y levantar una bandera ante el resto de la humanidad, a través de Su relación con los descendientes de Israel. Él hizo maravillas para libertarlos y ayudarlos, y además de los muchos y excelentes preceptos morales, les dispensó “la forma del conocimiento y de la verdad en la ley,”¹² que simbólicamente indicaban la naturaleza y la forma de la redención y de la salvación a través de Su Hijo mediante muchos tipos, alegorías y similitudes significativas. Estas representaciones externas fueron sabiamente adaptadas a un pueblo entenebrecido y supersticioso, y tenían la intención de servir como un ayo para llevarlos gradualmente a Cristo, es decir, al conocimiento de Cristo, tanto en Su aparición externa como un sacrificio propiciatorio por los pecados de la humanidad, como en Su aparición interna como la esperanza de gloria y el verdadero santificador y Salvador de los hombres. Porque, a pesar de que “todos en Moisés fueron bautizados en la nube,” o sumergidos en su dispensación exterior como estando debajo de un velo, los espirituales entre ellos eran capaces de penetrar a través del velo a la realidad interna, y como antes se observó, “todos comieron el mismo alimento espiritual, y todos bebieron la misma bebida espiritual; porque bebían de la roca espiritual que los seguía, y la roca era Cristo.”¹³

Para ayudarlos aún más, la Bondad divina a veces inspiraba con el espíritu de profecía a muchos de los más

¹² Romanos 2:20

¹³ 1 Corintios 10:1-4

regenerados y devotos de ambos sexos, y los llevaba a predicar la necesidad de la verdadera justicia y santidad. Estos profetas con frecuencia dirigían a los hombres a mirar *a través de* las figuras y las similitudes externas de la ley ceremonial, a la verdad y sustancia que indicaban. Estos claramente exhortaban y guiaban a sus oyentes a la religión interna y espiritual, que de hecho era la intención principal de la Mosaica, y de cualquier otra dispensación de Dios para la humanidad. Porque los rituales de la ley no fueron instituidos para sustituir, sino más bien para servir como un patrón¹⁴ de “la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús.”¹⁵

No creo que alguna vez fuera la intención de la sabiduría divina, esconder por completo de la humanidad “el misterio de la piedad”¹⁶ y su vida y virtud interna, sino más bien, siempre estaba a la disposición, aunque a veces oscuramente debajo de tipos y sombras, debido a las mentes degeneradas que estaban demasiado predispuestas y entenebrecidas como para contemplar el esplendor del evangelio en su clara manifestación. Sin embargo, el evangelio espiritual y poderoso de nuestro Señor, fue finalmente manifestado públicamente y plenamente (aparte de las sombras ceremoniales), en el amanecer de la dispensación cristiana en el día de Pentecostés, cuando los discípulos, esperando juntos en obediencia al mandato de Cristo, fueron bautizados con Su único, verdadero y permanente bautismo, aquel del Espíritu Santo, el cual cumple y reemplaza todos los otros bautismos, y continua para siempre como la orde-

¹⁴ Éxodos 25:9, 40; 26:30; Números 8:4; Hechos 7:44; Hebreos 8:5

¹⁵ Romanos 8:2

¹⁶ 1 Timoteo 3:16

nanza permanente de Dios para Su iglesia. Fue entonces cuando por revelación, el misterio fue abierto visible y poderosamente; “misterio que” dice el apóstol, “en otras generaciones no se dio a conocer a los hijos de los hombres, como,” o en el mismo grado que, “ahora es revelado a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu: que los gentiles son coherederos y miembros del mismo cuerpo, y copartícipes de la promesa en Cristo Jesús por medio del evangelio.”¹⁷ “Pero ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios, testificada por la ley y por los profetas.”¹⁸

La ley testificaba del evangelio, *en primer lugar*, por medio de sus diversas ofrendas y sacrificios, señalando y recordando que el Mesías había de venir en la carne con el fin de “quitar de en medio el pecado por el sacrificio de Sí mismo.”¹⁹ Este era el verdadero propósito de las ofrendas por el pecado y la transgresión; “porque la sangre de los toros y de los machos cabríos no puede quitar los pecados.”²⁰ No, estos apuntaban hacia la sangre preciosa de Cristo, tanto física como espiritualmente; quien, “con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados”²¹—cumpliendo y poniendo fin a todos los sacrificios de la ley. *En segundo lugar*, la ley testificaba del evangelio, mediante sus diversos rociamiento, lavamientos y purificaciones, que no tenían más eficacia para eliminar el pecado y la culpa, que la sangre de los toros y de los machos

¹⁷ Efesios 3:5-6

¹⁸ Romanos 3:21

¹⁹ Hebreos 9:26

²⁰ Hebreos 10:4

²¹ Hebreos 10:14

cabríos. Estos fueron designados para denotar la necesidad de santidad verdadera, y para indicar la administración espiritual de Cristo, “quien se dio a Sí mismo por nosotros para redimirnos,” no sólo de la culpa y de la condenación, sino también de toda la corrupción interna, y para “purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras.”²² Esto lo hace “por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo.”²³

Los profetas testificaban del evangelio: *En primer lugar*, mediante sus declaraciones proféticas concernientes a la venida, sufrimientos y ministerio del Mesías; y, *en segundo lugar*, al enseñarle al pueblo la necesidad de una religión interna, sustancial y efectiva—prefiriéndola por encima de la ley escrita, incluso durante el tiempo en el que la ley estaba vigente. Samuel dijo, “obedecer es mejor que los sacrificios”²⁴ Oseas, “Porque misericordia quiero, y no sacrificio, y conocimiento de Dios más que holocaustos.”²⁵ David admite ante el Señor, “Porque no quieres sacrificio, que yo lo daría; no quieres holocausto. Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado; al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios.”²⁶ En su discurso conmovedor le dice al Todopoderoso (versículo 6), “Tú amas la verdad en lo íntimo,” y ora en el versículo 10, “Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí.” Miqueas pregunta “¿Se agradecerá Jehová de millares de carneros, o de diez mil arroyos

²² Tito 2:14

²³ Tito 3:5

²⁴ 1 Samuel 15:22

²⁵ Oseas 6:6

²⁶ Salmos 51:16-17

de aceite? ¿Daré mi primogénito por mi rebelión, el fruto de mis entrañas por el pecado de mi alma?” Y luego responde; “Oh hombre, él te ha declarado lo que es bueno, y qué pide Jehová de ti: solamente hacer justicia, y amar misericordia, y humillarte ante tu Dios.”²⁷ Moisés exhorta a los hijos de Israel a “Circuncidarse el prepucio de su corazón”²⁸ y les dijo, “Y circuncidará Jehová tu Dios tu corazón, y el corazón de tu descendencia, para que ames a Jehová tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma.”²⁹ Aquí Moisés les mostró que aunque ellos habían recibido la señal externa de la circuncisión, sin embargo la realidad que Dios más requería, era la del corazón, en el Espíritu, la cual es la obra interna de regeneración. Esta es la circuncisión cristiana de la que habla el apóstol—“No es judío el que lo es exteriormente, ni es la circuncisión la que se hace exteriormente en la carne; sino que es judío el que lo es en lo interior, y la circuncisión es la del corazón, en espíritu, no en letra.”³⁰ Él también le hace la observación a los Colosenses de que ellos fueron circuncidados en Cristo “con circuncisión no hecha a mano, al echar de ellos el cuerpo pecaminoso carnal, en la circuncisión de Cristo.”³¹ Por lo tanto es evidente que el verdadero conocimiento y amor de Dios, y el cambio del pecado a la santidad por la circuncisión interna del Espíritu, fueron enseñados e impuestos a los judíos como el objetivo verdadero, sin el cual la observancia de la ley les hubiera sido de muy poco provecho. De

²⁷ Miqueas 6:7-8

²⁸ Deuteronomio 10:16

²⁹ Deuteronomio 30:6

³⁰ Romanos 2:28-29

³¹ Colosenses 2:11

hecho, el profeta Isaías muestra claramente que esto último sin lo primero, hizo que la práctica de la ley (aunque instituida divinamente) fuera abominable, incluso para Aquel que la instituyó.³²

³² Véase Isaías 1:11-14; 66:3

CAPÍTULO 9
LA ADMINISTRACIÓN PURA
DEL ESPÍRITU SANTO

Cuando llegó el tiempo en el que el Señor vio conveniente llamar al mundo degenerado fuera de las corrupciones en las que se había sumergido, levantó a los hijos de Israel como un ejemplo para el resto de la humanidad, por medio de la manifestación pública de Su propio dominio justo. Los sacó de su cautiverio egipcio con mano poderosa y a través de muchos golpes admirables de Su poder. Luego instituyó la ley Mosaica que, siendo la introducción de una nueva forma de Teocracia desconocida para el mundo, fue necesariamente acompañada por tales señales extraordinarias de autoridad Divina, que pudieron autenticarla y establecerla suficientemente como proveniente del Creador. Por lo tanto, en esa gran ocasión, apareció a los israelitas de una manera correspondiente a Su Omnipotente Soberanía, introduciendo Su pacto con las señales de espanto más terribles y asombrosas, con estruendos y relámpagos, con oscuridad, tinieblas y tempestad; la montaña ardía en fuego, el sonido alarmante de la trompeta que iba aumentando en extremo, y la voz que hablaba tan terriblemente, que no sólo el pueblo, sino toda la montaña tembló extre-

madamente. Esto fue un acto obvio y sumamente solemne del Supremo Legislador del universo, y ninguna autoridad menor que la Suya podría abolirlo o alterarlo.

Por lo tanto, cuando llegó el período en el que Él consideró apropiado dejar a un lado y sustituir Su ley de ordenanzas externas y carnales, al presentar a plena vista y como la única obligación la sustancia que ella señalaba (es decir, Su pacto espiritual y más excelente), fue necesario que se demostrara hecho, por las claras manifestaciones de la misma autoridad soberana.

En consecuencia, la dispensación de la misericordia del evangelio fue introducida por evidencias de autoridad divina, igualmente extraordinarias. Además de las numerosas predicciones de los profetas acerca del Mesías, el advenimiento del Bautista que preparó Su camino y la concepción milagrosa de nuestro Salvador por la bendita virgen, etc., hubo muchas obras maravillosas realizadas por Él y grandes señales que acompañaron el amanecer del nuevo pacto. El velo del templo se rasgó de arriba abajo cuando Él entregó el Espíritu, indicando la separación, la conclusión y el final de todas las señales y ceremonias, y la revelación de la sustancia en Espíritu y verdad. Consideren también la oscuridad inexplicable al momento de Su muerte, Su sorprendente resurrección, los cuerpos de los santos enterrados que resucitaron y entraron a la ciudad, Su visible ascensión acompañada por la ministración gloriosa de ángeles, etc. Y después de todo esto, en el tiempo de la fiesta judía de Pentecostés (celebrada anualmente en conmemoración de la promulgación de la ley en el Monte Sinaí), el Espíritu Santo fue derramado sobre los apóstoles y los discípulos, hombres y mujeres reunidos de acuerdo al

mandamiento del Señor, como la demostración del inicio del pacto espiritual, sin ninguna mezcla de figuras legales o sombrías. Esta demostración fue de dos maneras: *Primero*, por la aparición de las lenguas de fuego asentándose sobre cada uno de ellos; y *segundo*, llenando sus corazones del Espíritu Santo a tal grado, que comenzaron a hablar en otras lenguas, o en otros lenguajes además de los suyos, según el Espíritu les daba que hablasen. Dotados con sabiduría y poder celestiales, y ardiendo en amor y fervor divinos, ahora estaban cualificados para poner en práctica la comisión dada antes (de manera verbal) por el gran Señor y Legislador. De la misma forma, a muchos de ellos se les añadieron los poderes milagrosos para sanar toda clase de enfermedades. A los mudos hacían hablar, a los sordos oír, a los cojos andar, a los ciegos ver, endemoniados eran desposeídos, y los muertos eran resucitados y restaurados a la vida.

Ahora bien, estos poderes extraordinarios no fueron concedidos a todos, tampoco confinados solo a los apóstoles, sino que una medida del mismo Espíritu fue comunicada a cada uno de ellos, tanto a mujeres como a hombres (de acuerdo con la aplicación que Pedro hizo de la profecía de Joel). Todos fueron llenos del Espíritu Santo, pero dotados y cualificados de formas diferentes por Él, para servicios diferentes según la voluntad y sabiduría del gran Dispensador. “Porque a éste es dada por el Espíritu palabra de sabiduría; a otro, palabra de ciencia según el mismo Espíritu; a otro, fe por el mismo Espíritu; y a otro, dones de sanidades por el mismo Espíritu. A otro, el hacer milagros; a otro, profecía; a otro, discernimiento de espíritus; a otro, diversos géneros de lenguas; y a otro, interpretación

de lenguas. Pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como él quiere.”¹ Por lo tanto, es evidente que no toda inspiración divina va acompañada de lo que comúnmente se llaman milagros, sino que estos son una de las diversas operaciones del Espíritu que a veces son añadidas. Por lo tanto, pueden cesar totalmente cuando las ocasiones por las que fueron agregadas hayan terminado, o continuar siendo utilizados conforme le parezca necesario a la sabiduría Divina.

Por lo tanto, cuando el evangelio estaba tan difundido y establecido en los lugares que en ese entonces se pretendían, de modo que el fin para el cual se concedieron esos poderes extraordinarios fue cumplido, fueron retirados en gran medida de la iglesia, la cual quedó, en general, sobre su fundamento apropiado y permanente—la inspiración inmediata del Espíritu Santo. Por consiguiente, no se puede abogar por la necesidad de la continuación constante de los poderes milagrosos, o de tal espíritu de profecía que predice eventos futuros, sino solo por aquellas influencias sobrenaturales del Espíritu que son necesarias para iluminar, vivificar, regenerar, santificar y producir los frutos del Espíritu en el hombre. Estas cosas son necesarias indispensablemente en todas las eras, siendo de carácter moral y directamente influyentes en la transformación y salvación de cada hombre.

Yo creo firmemente que, en ocasiones particulares, bajo la administración del antiguo y nuevo pacto, como también antes de estos, se han evidenciado algunas intervenciones divinas de naturaleza milagrosa, bien sea para

¹ 1 Corintios 12:8-11

convencer a personas dudosas, o para dar peso y autoridad adicionales al ministerio de algunos siervos ungidos de Dios, o para alentarlos o confirmarlos en su servicio. No tengo duda de que algunas veces este ha sido el caso desde el primer siglo, y puede seguir siéndolo hasta el final de los tiempos; porque ni el poder ni la bondad del Todopoderoso han cambiado. Sin embargo, también soy de la opinión de que las manifestaciones milagrosas han sido menos públicas y más moderadas después del primer siglo que antes, lo cual puede deberse en parte a la apostasía espiritual de las iglesias profesantes. También creo, de acuerdo con las declaraciones proféticas de los apóstoles que, durante el estado caído y oscuro tanto de los maestros como de los oyentes, muchas señales extrañas y prodigios mentirosos han sido y todavía pueden ser permitidos con personas crédulas y desobedientes por impostores, para el apoyo y la difusión de sus intereses corruptos.

Viendo que nunca más habrá un cambio en las dispensaciones ni se predicará ninguna otra doctrina, sino la de nuestro Salvador y Sus apóstoles (la cual recibió en su comienzo una confirmación milagrosa suficiente para su establecimiento duradero), las personas ahora no deben esperar o pedir milagros de quienes predicán la doctrina cristiana. En lugar de eso, todos deben volverse a aquel Espíritu divino señalado por las Escrituras, y esperar en Él, el cual se manifiesta en el pecho de cada individuo, la ministración de Cristo en el Espíritu. Este le dará al recipiente sincero y humilde, una demostración más clara y particular de la que podrían hacer todos los símbolos y señales externas; porque los poderes de los que proceden los milagros externos pueden ser cuestionados, pero la evi-

dencia interna de la luz de Cristo, la vida de los hombres, cuando se espera y se aferra correctamente a ella, no deja duda en la mente acerca de su naturaleza y autoridad divinas.

Pero para regresar al ministerio del evangelio, el apóstol muestra (2 Corintios 3) que supera con creces al de la ley, y que su excelencia consiste en su espiritualidad. Habiendo hablado de la ley en el versículo 7, el añade “¿Cómo no será más bien con gloria el ministerio del Espíritu? Porque si el ministerio de condenación fue con gloria, mucho más abundará en gloria el ministerio de justificación. Porque aun lo que fue glorioso, no es glorioso en este respecto, en comparación con la gloria más eminente. Porque si lo que perece tuvo gloria, mucho más glorioso será lo que permanece.” ¿Por qué el evangelio es así de preeminente sobre la ley, viendo que la ley fue una institución divina? Principalmente, porque el evangelio no es un código externo como lo era la ley, sino *la ley interna de vida*, “escrita no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en tablas de carne del corazón;”² y porque hace “ministros competentes de un nuevo pacto, no de la letra, sino del espíritu; porque la letra mata, más el espíritu vivifica.”³

Ningún hombre puede ser un verdadero cristiano sin el Espíritu de Cristo; porque, “si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él.”⁴ Todo cristiano debe experimentar la presencia del Espíritu en su interior. “¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en

² 2 Corintios 3:3

³ 2 Corintios 3:6

⁴ Romanos 8:9

vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros?”⁵ Es un requisito que todo cristiano conozca al Espíritu como su guía y líder; porque solo “los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios.”⁶ Ningún hombre puede ser una oveja de Cristo sin un sentido distintivo del Espíritu de Cristo. “Yo soy el buen pastor; y conozco mis ovejas, y las mías me conocen... Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen... Las ovejas lo siguen, porque conocen su voz. Mas al extraño no seguirán.”⁷ La voz de Cristo es la manifestación de Su Espíritu al alma.

Ningún hombre puede entrar en el Reino de Dios sin nacer de nuevo del Espíritu. Esto es tan necesario para nosotros ahora como una vez lo fue para los creyentes primitivos. Ciertamente no tenemos más habilidad para regenerarnos y prepararnos para el reino que la que ellos tenían. No hay facultades (naturales o adquiridas) en nuestro estado no regenerado que sean suficientes para lograr un propósito tan grande, tampoco podrían permitirnos decir verdaderamente (con el pueblo de Dios en tiempos antiguos), “Señor, tú nos darás paz; porque también obraste en nosotros todas nuestras obras.”⁸

Ningún hombre puede ser ministro del Espíritu sin el Espíritu. La instrucción apostólica es que “cada uno según el don que ha recibido, minístrelo a los otros, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios. Si alguno habla, hable conforme a las palabras de Dios; si alguno ministra, ministre conforme al poder que Dios da, para que

⁵ 1 Corintios 6:16

⁶ Romanos 8:14

⁷ Juan 10:14, 27, 4-5

⁸ Isaías 26:12 RV1602P

en todo sea Dios glorificado por Jesucristo.”⁹ En la era apostólica, todo creyente verdadero y seguidor fiel de Cristo recibió una medida del mismo Espíritu Santo que los profetas y apóstoles recibieron, aunque en menor grado; “Porque” dice Pablo “por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu.”¹⁰ Compartir este único Espíritu los hizo un solo cuerpo, y los unió a la única Cabeza viva. Hay “un cuerpo, y un Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación; un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y por todos, y en todos.”¹¹ Por lo tanto, según las diversas medidas que se les repartieron, todos eran partícipes del mismo Espíritu Santo; y como era entonces, así es ahora, y siempre deberá ser en la iglesia verdadera y espiritual de Jesucristo.

El sol del evangelio se levantó con gran esplendor, sin embargo, a ninguno se le mostró todo su brillo de una sola vez. La revelación de la verdad en las mentes de los cristianos primitivos (tanto los apóstoles como lo demás) era gradual. A medida que avanzaban en la nueva naturaleza, llegaban a ver más y más. Por un tiempo, ellos ocasionalmente se circuncidaron, hicieron votos, se ungieron con aceite, se bautizaron con el bautismo de Juan, etc. todo lo cual era de una naturaleza externa y legal. De hecho, al principio, ni siquiera se habían dado cuenta de que el Espíritu Santo iba a ser dado a los gentiles tanto como a los

⁹ 1 Pedro 4:10-11

¹⁰ 1 Corintios 12:13

¹¹ Efesios 4:4-6

judíos, a pesar de que Joel había profetizado claramente que sería derramado sobre toda carne. Pero después, a medida que seguían a Cristo en la regeneración, eran llevados más allá de la mezcla inicial de las cosas al principio. Con el tiempo llegaron a ver claramente cómo el Espíritu Santo cayó sobre los gentiles tanto como sobre los judíos, y declararon que “ni la circuncisión vale nada, ni la incircuncisión, sino una nueva creación.”¹² Ellos encontraron que “la unción del Santo”¹³ es absolutamente suficiente para dar instrucción y juicio verdadero; y entendieron que “el bautismo que salva” no es aquel que alcanza sólo la carne, sino más bien aquel del Espíritu, que bautiza el corazón y produce “la respuesta de una buena conciencia hacia Dios, por la resurrección de Jesucristo,”¹⁴ o por Su levantamiento espiritual en el alma.

Es común escuchar que la era apostólica es llamada la infancia del cristianismo; y así como lo fue en cuanto al tiempo, también lo fue con respecto a la continuación temporal de unas pocas ceremonias y sombras exteriores. Estos nuevos cristianos, no podían ver a través del velo de las ceremonias y sombras exteriores, por lo tanto, algunas sombras fueron mantenidas por un tiempo para no poner tropiezo a otros que habían estado tan aferrados a las prácticas simbólicas que no podían ser llevados rápidamente al punto de no usarlas. Sin embargo, a medida que crecían en la gracia y en el conocimiento de Jesucristo, el Espíritu estaba obrando en ellos para “quitar lo primero, y estable-

¹² Gálatas 6:15

¹³ 1 Juan 2:20

¹⁴ 1 Pedro 3:21

cer lo último,”¹⁵ “removiendo las cosas movibles, como cosas hechas, para que quedaran las inconvencibles.”¹⁶

En gran contraste con esto, muchos de los líderes y gobernantes actuales de las iglesias que profesan el nombre cristiano, parecen pensar que, aunque la asistencia del Espíritu Santo fue necesaria para la introducción y soporte del cristianismo en los tiempos primitivos, no hay necesidad de ella ahora. Se cree que la iglesia ha madurado tanto por la sabiduría y aprendizaje del hombre (que no tuvieron parte en su origen) que es absolutamente capaz de continuar sola. De esta forma, la iglesia en gran medida se ha convertido en otra cosa, y se encuentra sobre un fundamento distinto al antiguo. Aunque todavía llama a Cristo su cabeza y se considera a sí misma Su cuerpo, ella no recibe dirección inmediata de Él, ni siente la circulación de Su sangre, que es la vida y la virtud de toda religión verdadera. Por lo tanto, la iglesia de hoy merece la reprensión del apóstol implícita en esta pregunta, “¿Tan necios sois? ¿Habiendo comenzado por el Espíritu, ahora os perfeccionáis por la carne?”¹⁷ En realidad, es demasiado evidente que las iglesias cristianas profesantes en general, en lugar de haber avanzado a la madurez en el cristianismo, están en un gran declive y apostasía de ese estado; de lo contrario no podrían ser tan insensibles, ni se atreverían a mostrarse tan opuestas a la vida de la religión como para rechazar o menospreciar la parte más vital de la misma, tratándola como extinguida, innecesaria o, al menos, imperceptible. Seguramente una iglesia en esta condición

¹⁵ Hebreos 10:9

¹⁶ Hebreos 12:27

¹⁷ Gálatas 3:3 RV2009

merece bien la descripción del Espíritu, dada a la iglesia degenerada de Sardis; “Yo conozco tus obras, que tienes nombre de que vives, y estás muerto.”¹⁸ Sin embargo, aunque este parezca ser el caso en general, tengo la esperanza, y verdaderamente creo, que hay muchos miembros vivos y sensibles del cuerpo de Cristo dentro de esas iglesias.

La vitalidad y la gloria del cristianismo radica en la administración pura del Espíritu Santo, sin ningún velo de sombras legales o rituales. El aprendizaje escolar es sólo un logro humano, y aunque es muy útil como siervo, realmente no es parte del cristianismo. Ni los conocimientos de la universidad, ni las formalidades de la autoridad humana, pueden producir esa humildad que prepara el corazón para las enseñanzas de Dios. Los débiles humanos, cuando poseen artes y lenguajes, se hinchan con una presunción de superioridad, la cual los aleja de la negación de sí mismos y de la cruz diaria, hacia el orgullo y la autosuficiencia.

Estos, en lugar de esperar y depender de la sabiduría y del poder de Dios, llegan a confiar en la sabiduría de este mundo y a sentirse satisfechos con la repetición de las formas y ordenanzas externas. Por otro lado, aquellos que “adoran a Dios en Espíritu, gloriándose en Cristo Jesús,” no ponen su “confianza en la carne.”¹⁹ Y ¿Por qué? Porque “el Espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha.”²⁰ Por lo tanto, cualquiera que niegue la necesidad de experimentar sensiblemente al Espíritu Santo y sus operaciones internas, sólo demuestra su propia falta de expe-

¹⁸ Apocalipsis 3:1

¹⁹ Filipenses 3:3

²⁰ Juan 6:63

riencia de ello. El pueblo verdadero de Dios en todas las edades ha declarado su propio sentido indudable de la iluminación y el empoderamiento divino; y los apóstoles testificaron unánimemente que ellos tenían un sentido claro y distintivo del Espíritu Santo en Sus diversas operaciones. Como fue entonces, así es ahora, y deberá continuar mientras los hombres estén sobre la tierra.

La misma obra interna de Dios es absolutamente necesaria en cada hombre, y un sentido o conciencia correspondiente a ella (en medida) es claro y certero para todos los que experimentan la regeneración. Porque tal como el hombre no puede obtener verdadera felicidad fuera del reino de Dios, ni entrar en él sin haber nacido del Espíritu, así tampoco la obra del nuevo nacimiento es hecha imperceptiblemente en ningún alma. No importa cuál sea el medio secreto o desconocido que los hombres puedan imaginar o alegar, una operación del Espíritu Santo que no se sienta no es regeneración, sino un mero engaño. El Espíritu de Dios, ya sea que opere a través de palabras e instrumentos o sin ellos, siempre viene en poder, un poder que da un sentido innegable, que es perfectamente distinto y superior a todos los demás poderes, y que manifiesta un resplandor que, en momentos, excede por mucho todas las luces naturales, así como cuando el sol radiante excede el brillo tenue de una luciérnaga. Este Espíritu Santo de luz y poder de vida es el gran y fundamental principio de los reprochados Cuáqueros, y el único y verdadero principio salvador, para toda la humanidad. Es Cristo en el Espíritu la “luz de los Gentiles, y la salvación de Dios hasta lo postrero de la tierra,”²¹ quien siempre ha

²¹ Isaías 49:6

La Administración Pura del Espíritu Santo

sido, y siempre está listo para convertirse en el “autor de eterna salvación para todos los que le obedecen.”²²

²² Hebreos 5:9

CAPÍTULO 10

LA OPERACIÓN DE LA GRACIA DIVINA

Habiendo tratado de mostrar claramente algo de la caída del hombre, y de la necesidad y los medios de su restauración a Dios, ahora procederé a observar particularmente algunos de los errores y malentendidos más comunes, empezando por las doctrinas concernientes a la predestinación individual y a la operación de la gracia divina.

Aunque el hombre no puede dar ni un paso hacia su salvación sin la ayuda de la gracia de Dios como la primera y continua causa habilitadora (tanto del querer como del hacer), esto no necesariamente significa (como algunos reformadores han insistido) que Dios es, por lo tanto, el autor de la salvación de unos, y el autor de la destrucción de otros. La verdad de este asunto, como está establecida claramente en las Escrituras, es como sigue: 1. Que el hombre no tiene la capacidad de salvarse a sí mismo, ni en su condición natural se encuentra en el estado en el que tiene la misma libertad para hacer el bien o el mal según su antojo, tampoco tiene posesión de aquella fe que es necesaria para su salvación. 2. Que el Redentor proporciona una manifestación de Su Espíritu al alma de cada hombre, mediante la cual, en ciertos tiempos, Él reprueba las incli-

naciones corruptas de los hombres, los detiene en seco y pone en su poder la capacidad de reflexionar sobre su condición presente, y de entregarse a la operación de este Espíritu interno. Si no se resiste, sino al contrario permanece en sumisión, el Espíritu se apodera de él aún más, dándole la capacidad de creer, de unirse y de permanecer en la operación del Espíritu que está sobre él. En esta situación, siente fuerza y consuelo brotando de la Semilla (o medida de gracia) que incrementan su fe y confianza en ella, y gradualmente lo habilitan y lo llevan a volverse activo, es decir, a unirse de corazón en consentimiento con sus operaciones, y a avanzar de fe a fe, y de un grado de gracia a otro. Esto continúa hasta que el alma llega a sentir y a experimentar el verdadero nuevo nacimiento del Espíritu, participando (en medida) de la luz, vida y naturaleza gloriosas del reino celestial.

Dios ha hecho al hombre una criatura racional, y por lo tanto requiere su obediencia voluntaria: “Si queréis y obedecéis, comeréis el bien de la tierra.”¹ ¿Es posible creer que Él pone el bien y el mal, la vida y la muerte delante de los hombres (como testifican los registros sagrados), y que una y otra vez los llama a escoger la vida y el bien, y sin embargo no les permite hacerlo? De hecho, cada precepto divino, cada exhortación, cada mandamiento, cada advertencia, implica una libertad concedida para aceptar o rechazar; para obedecer o desobedecer. Sin embargo, si Dios repetidamente visita a todos con los alcances de Su gracia, y continúa una y otra vez tratando de convencerlos, persuadirlos y atraerlos (como declaran las Escrituras) para que Él pueda prevalecer en ellos y llevarlos al arre-

¹ Isaías 1:19 RV1977

pentimiento, ¿no va lo más lejos posible sin violar la libertad racional que proporciona? Dejen que el hombre rinda obediencia a Sus convicciones, y entonces vean si puede acusar a su Creador de parcialidad o de duro trato. Es el siervo inútil y perezoso que hace tales acusaciones en contra de su Maestro.

Sin duda, la educación y la tradición predisponen a las personas, y crean un prejuicio en la mente contra toda doctrina diferente de la que se les ha enseñado. Sin embargo, la luz divina, a veces, repentinamente se lanza como dardo sobre el alma, tan rápido como un relámpago, y penetra a través de toda oscuridad y de cada falsa apariencia, perturbando al alma en sus descansos impuros y en sus gratificaciones carnales, mostrándole su esclavitud bajo todo eso, e inspirando en ella el deseo y suspiro secreto por ser redimida. Esto, al ser la revelación de la luz divina en la mente, es llamado *el día de la visitación de Dios*,² el tiempo de gracia para el hombre, donde la vida y la muerte se distinguen en él. En este tiempo, al hombre no sólo se le da la libertad para elegir la vida (lo que antes no podía hacer), sino también se le da una medida correspondiente de capacidad para poder amar y adherirse a la gracia que lo visita, y de ese modo llegar al arrepentimiento y a la salvación. Porque esta gracia es el Espíritu del Salvador, y por lo tanto trae consigo el poder de salvación, como dice el apóstol, “Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nues-

² Lucas 19:44; 1 Pedro 2:12

tro gran Dios y Salvador Jesucristo.”³

Estas visitas misericordiosas de la gracia divina a menudo se repiten, tanto de noche como de día. “Dios,” dice el inspirado Eliú, “en una o en dos maneras habla; pero el hombre no entiende. Por sueño, en visión nocturna, cuando el sueño cae sobre los hombres, cuando se adormecen sobre el lecho, entonces revela al oído de los hombres, y les señala su consejo, para quitar al hombre de su obra, y apartar del varón la soberbia.”⁴ Luego procede a mostrar cómo el Señor opera sobre el alma sumisa en la obra de arrepentimiento y mortificación, y cuál será el resultado. Entonces, resume con estas palabras, “Él mira sobre los hombres; y al que dijere: Pequé, y pervertí lo recto, y no me ha aprovechado, Dios redimirá su alma para que no pase al sepulcro, y su vida se verá en luz. He aquí, todas estas cosas hace Dios dos y tres veces con el hombre, para apartar su alma del sepulcro, y para iluminarlo con la luz de los vivientes.”⁵

De hecho, el gran Padre de las misericordias se complace en continuar sus visitas de gracia desde lo alto a los hombres rebeldes, hasta que se hayan vuelto tan determinados en su iniquidad, y tan habitualmente unidos a su servidumbre, que al igual que los siervos en Éxodo 21:5-6, no quieren ser liberados de ella. Entonces la noche viene sobre ellos, y el día de su visitación pasa; porque Dios no contendrá para siempre con aquellos que por mucho tiempo y con frecuencia han sido reprobados, y sin embargo siguen endureciendo su cerviz. No, después de

³ Tito 2:11-13

⁴ Job 33:14-17

⁵ Job 33:27-30

una larga paciencia, Él retira el alcance de Su bondad misericordiosa y los deja caer bajo esa terrible sentencia, “El que es injusto, sea injusto todavía; y el que es inmundo, sea inmundo todavía.”⁶

Cuando las personas están justamente endurecidas, y entregadas a las concupiscencias de su propio corazón y a sus amados engaños, y son dejadas en un estado de insensibilidad al Espíritu divino, pueden confundir ciegamente su condición con una de paz y de seguridad. Para estos, la conciencia se oscurece, como un libro cerrado que no pueden leer. Pero en el día de la justa retribución del gran Juez de los vivos y de los muertos, este volumen oculto será otra vez abierto por Aquél que abre y ninguno puede cerrar, y se hará la justa retribución a todos de acuerdo a lo que está escrito allí. Esto demostrará ser para cada hombre un libro de vida o un libro de muerte, “vida eterna a los que, perseverando en bien hacer, buscan gloria y honra e inmortalidad, pero ira y enojo a los que son contenciosos y no obedecen a la verdad, sino que obedecen a la injusticia.”⁷

Por lo tanto, concluimos razonablemente que Dios no sólo pone delante del hombre el bien y el mal (en sus distinciones correctas) sino que, al mismo tiempo, le da la capacidad de escoger qué quiere seguir. Además de esto, Dios despierta y ayuda al hombre a desear la felicidad verdadera, y mientras el corazón permanece en este deseo, Él le da poder al hombre para batallar, esforzarse y luchar eficazmente por su liberación y preservación.

Las motivaciones más íntimas de la voluntad humana son imposibles de discernir sin la luz del Espíritu de Dios,

⁶ Apocalipsis 22:11

⁷ Romanos 2:7-8

y por falta de discernimiento, algunos se han atrevido a acusar a Dios como el responsable de las distintas respuestas de la humanidad a la visitación de la gracia divina, haciéndolo a Él el autor principal de la maldad, rebelión y condenación del hombre. Pero, ¿no es absurdo suponer que Dios produciría voluntariamente lo que es contrario a Su naturaleza? ¿No es todo pecado una transgresión a la voluntad de Dios y todo vicio contrario a Su naturaleza? Entonces, ¿cómo podrían estas cosas ser producidas por un acto de Su voluntad, o ser el fruto genuino de Su poder, ya sea directa o indirectamente? ¿Puede el entendimiento correcto llevar a un hombre a pensar que la voluntad de Dios, en algún momento, sea contraria a Su naturaleza? De la pureza, la bondad y la virtud, ninguna impureza, vicio ni maldad, pueden surgir naturalmente.

Pero algunas Escrituras han sido objetadas, tales como, “Imposible es que no vengan tropiezos.” Ciertamente; pero ¿de dónde vienen? No de Dios, sino de esa raíz de corrupción que entró y se esparció en el mundo. Mientras esta raíz corrupta permanezca, los tropiezos surgirán naturalmente de ella; y el mismo texto pronuncia, “¡ay de aquel por quien vienen!”⁸ Pero el Señor dice que Él “creó el mal,”⁹ y el profeta dice: “¿Habría algún mal en la ciudad, el cual Jehová no haya hecho?”¹⁰ Esto no se refiere al mal moral, sino más bien al mal y a la calamidad natural de dolor y de angustia, que vienen en la forma de la hostilidad, de la enfermedad, de la hambruna, etc., que son los juicios de Dios sobre el hombre por desobediencia y por

⁸ Lucas 17:1

⁹ Isaías 45:7 RV1602P

¹⁰ Amos 3:6

cometer maldades de tipo moral.

Por lo tanto, de acuerdo a mi entendimiento, el pecado consiste en que la criatura prefiera la indulgencia de su naturaleza depravada por encima de la obediencia a la gracia divina; tal indulgencia conduce al abuso de esa gracia, y por tanto a pensar, hablar y actuar en contra de la voluntad manifiesta de su Creador. Ahora, es cierto que algunos obedecen y que otros rehúsan obedecer la manifestación de la gracia divina; pero creemos que Dios no es la causa de esta diferencia, sino que se debe enteramente al individuo. De hecho, no es difícil creer que la misma naturaleza tenga efectos diferentes en sujetos que están en condiciones diferentes. Porque ante los ojos de todo hombre es evidente que los rayos del sol ablandarán el alquitrán y endurecerán el barro. Estos efectos contrarios no vienen de una diferencia entre los rayos solares, sino de una diferencia entre la disposición del alquitrán y del barro para recibirlos. De la misma manera, el Espíritu Santo opera de formas diferentes en personas diferentes debido a sus estados y disposiciones diferentes para recibir Sus influencias. Dejen que aquel que duda de esto inquiera en su propia conciencia, y allí el Testigo fiel (por medio de Sus condenaciones por el mal) le mostrará claramente que la falta es suya. ¿Qué hombre hay en la tierra que no haya sido golpeado por la culpa y el remordimiento? o ¿que no haya sentido en algunos momentos que se encienden dentro de él inclinaciones y disposiciones hacia la virtud y hacia la vida piadosa? Y habiendo seguido esta Guía, ¿no ha encontrado paz en su obediencia? Pero habiéndose vuelto de ella para perseguir algo de la naturaleza contraria, ¿no ha sufrido angustia y condenación? ¿Necesitará una criatura razonable más

pruebas de que estas reprensiones y consuelos convencionales son los juicios internos e inmediatos de un Espíritu justo, bueno, poderoso, omnipresente y omnisciente? ¿Y con qué fin Dios trata al alma de cada hombre de esta manera, sino para que todos puedan llegar al arrepentimiento y a experimentar la salvación?

Entonces, la primera causa iniciadora, verdadera y legítima de la salvación del hombre es la bondad y el amor de Dios para con él, y la operación de Su propio Espíritu Santo en el alma del hombre es el medio esencial por el cual Él obra la salvación, a veces directamente y otras veces haciendo uso de medios secundarios, como la predicación, leer las Escrituras y otros libros buenos, conversaciones piadosas, adoración, misericordias, angustias, etc. Pero es Dios a través de Su propio Espíritu Santo, quien hace todo lo bueno en el hombre, tanto el querer como el hacer. Es por gracia que somos salvos, por medio de la fe, o en el camino de la fe. Esta fe obra por el amor de Dios¹¹ para purificar el corazón,¹² y producir buenas obras.¹³ Estas obras son los frutos genuinos de la verdadera fe, y son inseparables de ella: por lo tanto, sin obras no podemos ser salvos.¹⁴ Sin embargo, no es *por* las obras que somos salvos, como la causa de la salvación para nosotros, sino por gracia (que es su raíz), y por la fe, por la cual creemos en Dios, nos abrimos a Él y lo recibimos, nos unimos a Él, confiamos en Él, y por consiguiente echamos mano de la vida eterna.

¹¹ Gálatas 5:6

¹² Hechos 15:9

¹³ Santiago 2:14-26

¹⁴ Santiago 2:24

Esta fe no es facultad nuestra, sino más bien el don de Dios para nosotros.¹⁵ Viene por gracia, la gracia gratuita de Dios, quien no quiere “que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento.”¹⁶ Aquél cuyas obras son malas no tiene esta fe salvadora, sin importar cuales doctrinas o nociones crea. Porque donde está la fe verdadera, necesariamente produce buenas obras. De hecho, esta raíz nunca está sin sus frutos. El apóstol Santiago dice “Muéstrame tu fe sin tus obras, y yo te mostraré mi fe por mis obras.”¹⁷ Sin embargo, estas obras no *merecen* la salvación, porque no deben ser atribuidas a nosotros, sino totalmente a Él que, a través de su gracia, nos ha llevado al bendito estado de fe viva en el que ellas se producen. “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas.”¹⁸

Todas las almas que Dios ha hecho son igualmente Suyas, y Aquél cuyas “misericordias están sobre todas Sus obras,”¹⁹ no se olvida de ninguna de sus criaturas en la distribución de las mismas. Él a ninguno le niega Sus talentos, sino que los dispensa en porciones diferentes a personas diferentes. A uno le da cinco talentos, y a otro dos, y a otro uno; pero a cada uno se le da la manifestación divina suficiente para obrar su salvación, si es creída y obedecida. El

¹⁵ Hebreos 12:2, 2 Pedro 1:1, Filipenses 1:29

¹⁶ 2 Pedro 3:9

¹⁷ Santiago 2:18

¹⁸ Efesios 2:8-10

¹⁹ Salmo 145:9

Creador, justamente, requiere un incremento correspondiente a la medida que proporciona; y como Él sabe perfectamente hasta qué grado de progreso cada uno podría llegar, al final juzgará a todos de acuerdo a su incremento, su negligencia o su rechazo total del talento recibido.

En el tiempo de Ezequiel, el pueblo de Israel, por una interpretación errónea del segundo mandamiento, habían adoptado la noción de que los niños eran castigados por los pecados de sus padres, por lo que se convirtió en un refrán entre ellos, “Los padres comieron las uvas agrias, y los dientes de los hijos tienen la dentera.” Por lo tanto, el profeta fue comisionado particularmente para declarar la voluntad inmutable de Dios en oposición a esto: “Vivo yo, dice Jehová el Señor, que nunca más tendréis por qué usar este refrán en Israel. He aquí que todas las almas son mías; como el alma del padre, así el alma del hijo es mía; el alma que pecare, esa morirá.”²⁰ “El hijo no llevará el pecado del padre, ni el padre llevará el pecado del hijo; la justicia del justo será sobre él, y la impiedad del impío será sobre él.”²¹ “Y si dijereis: No es recto el camino del Señor; oíd ahora, casa de Israel: ¿No es recto mi camino? ¿no son vuestros caminos torcidos? Apartándose el justo de su justicia, y haciendo iniquidad, él morirá por ello; por la iniquidad que hizo, morirá. Y apartándose el impío de su impiedad que hizo, y haciendo según el derecho y la justicia, hará vivir su alma. Porque miró y se apartó de todas sus transgresiones que había cometido, de cierto vivirá; no morirá.”²² “Por tanto, yo os juzgaré a cada uno según sus

²⁰ Ezequiel 18:3-4

²¹ Ezequiel 18:20

²² Ezequiel 18:25-28

caminos, oh casa de Israel, dice Jehová el Señor. Convertíos, y apartaos de todas vuestras transgresiones, y no os será la iniquidad causa de ruina.”²³ El profeta repite aún más con el mismo propósito en este capítulo y en el 33. “Vivo yo, dice Jehová el Señor, que no quiero la muerte del impío, sino que se vuelva el impío de su camino, y que viva. Volveos, volveos de vuestros malos caminos; ¿por qué moriréis, oh casa de Israel?”²⁴ “Luego dirán los hijos de tu pueblo: No es recto el camino del Señor; el camino de ellos es el que no es recto. Cuando el justo se apartare de su justicia, e hiciere iniquidad, morirá por ello. Y cuando el impío se apartare de su impiedad, e hiciere según el derecho y la justicia, vivirá por ello.”²⁵ Ahora, es evidente que la muerte de la que se habla en estas Escrituras no es la muerte común del cuerpo; porque en cuanto a eso, el mismo evento sucede a los justos y a los impíos. Sin duda alguna, la muerte que se menciona aquí se refiere al estado perpetuo e infeliz de las almas que salen del tiempo a la eternidad sin arrepentimiento y regeneración.

Es evidente, de todas estas expresas declaraciones, que el Todopoderoso, “no aflige ni entristece voluntariamente a los hijos de los hombres;”²⁶ y que “no quiere que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento,”²⁷ deseando “que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad.”²⁸ Todas estas escrituras son manifestaciones claras de la mente de Dios con respecto a

²³ Ezequiel 18:30

²⁴ Ezequiel 33:11

²⁵ Ezequiel 33:17-19

²⁶ Lamentaciones 3:33

²⁷ 2 Pedro 3:9

²⁸ 1 Timoteo 2:4

este punto, y deberían ser decisivas. Los pecados de los hombres son el producto de su propia voluntad, y no la voluntad de Dios. “¿Por qué moriréis, casa de Israel?”²⁹ Y, en verdad, está claro que hace todo lo posible por medios justos para impedirlo. Por esa apremiante repetición, “Volveos, volveos de vuestros malos caminos,” es manifiesto como Él pone en poder de los hombres la capacidad de volverse de ellos. Entonces ¿quién puede justificar su perversidad, o de algún modo cargar su pecado, ya sea directa o indirectamente a Su cuenta? Los hombres no son destruidos por alguna malevolencia en su Creador; más bien son salvos por Su gracia, la cual Él dispensa a todos desde Su incomparable benevolencia que surge puramente de Su bondad infinita. El hombre pecador no tiene nada que ofrecer. Por lo tanto, Dios tendrá misericordia porque tendrá misericordia. Sí, porque está lleno de misericordia, la dispensará a sus desamparadas e indignas criaturas. “Yo,” dice el Señor al pecador arrepentido, “yo soy el que borro tus rebeliones por amor de mí mismo, y no me acordaré de tus pecados.”³⁰

Varios textos y porciones de la Escritura han sido argumentados y utilizados para atribuir una cruel parcialidad a nuestro Creador y Benefactor. Se nos ha dicho que Él ordenó la obstinación de Faraón, el pecado y locura de Sehón y de los reyes de Canaán, la rebelión desleal de Sedequías en contra del rey de Babilonia, los estragos de Nabucodonosor, etc. Pero esto, debidamente considerado, se ve que fue el ordenamiento de castigo por causa del pecado, y no el ordenamiento del pecado para el castigo. El

²⁹ Ezequiel 18:31, 33:11

³⁰ Isaías 43:25

Señor no endurece a ninguno hasta que se haya endurecido a sí mismo más allá de toda posibilidad de arrepentimiento, y entonces lo entrega al desorden de sus propias concupiscencias y vicios amados. Y lo que se considera como injustas devastaciones (aunque realmente lo son en cuanto a los que las comenten), con respecto al Todopoderoso, son la ejecución justa de Su justicia en contra de aquellos que han llenado su medida de iniquidad, y han abusado Su gracia bondadosa y larga paciencia hacia ellos, hasta que Él decide no extenderse más. Por lo tanto, castiga la iniquidad arraigada de algunos por medio de la iniquidad de sus enemigos, la cual Él permite que se vuelva contra ellos. Pero después procede de la misma manera con aquellos que fueron Sus instrumentos de castigo, cuando también han llenado su medida.

El Ser divino es una sola esencia, perfectamente pura y simple. Él es un solo poder eterno e inmutable, que crea y sustenta a todos los demás seres, y que opera de diversas maneras según el estado de cada persona, pero nunca contrariamente hacia los que están en la misma condición. Puesto que todas las almas son igualmente Su creación inmediata, no hay ninguna razón justa que pueda ser alegada para explicar por qué Él, que es justo en todos Sus caminos, santo y misericordioso en todas Sus obras, trataría con tanta desigualdad como para predestinar a algunas a la felicidad eterna y a otras a la inevitable miseria. ¡Oh, Sus misericordias están sobre todo y para todos, con una intención justa y llena de gracia hacia todos! El bondadoso Redentor compró dones de gracia tanto para aquellos que son rebeldes, como para los demás, y todos son visitados con la manifestación de Su Espíritu para que puedan obte-

ner provecho a través de ella. Y aunque los hombres se vuelven del poder que los visita, y muchas veces se apartan de la ayuda que les es brindada, Él todavía los sigue, una y otra vez, con mucha paciencia, y con frecuencia los vuelve a visitar, debido a Su gracia y misericordia abundantes, con el fin de convencerlos de que se arrepientan y sean salvos. La condenación de los hombres, según nuestro Salvador, no es el fruto de ningún decreto hecho de antemano, porque “esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas.”³¹

³¹ Juan 3:19

CAPÍTULO II

LAS ESCRITURAS Y EL ESPÍRITU

Con respecto a las Escrituras, estamos tan lejos de quitarles importancia o de oponernos al sentido verdadero de ellas, que creemos firmemente y afirmamos sinceramente, que el Espíritu Santo (en cualquier grado de iluminación en que aparezca) nunca puede contradecirlas. Son las interpretaciones privadas o particulares del hombre, sin iluminación divina, a las que nos oponemos, ya que son insuficientes para dar el verdadero significado de las Escrituras en disputa. Además de la inhabilidad natural del hombre, sus diversos prejuicios, sus pasiones predominantes, sus diferentes intereses y sus distintos líderes, todos contribuyen a dar interpretaciones diferentes, y a veces opuestas, del texto sagrado. Muchos tienen las palabras del Espíritu en las Escrituras, quienes no tienen la mente del Espíritu en sus corazones.

Sin iluminación divina, el hombre no tiene capacidad suficiente para determinar el sentido correcto de los textos dudosos y discutidos, que son muchos. De hecho, la gran diferencia en las interpretaciones hechas por personas aparentemente igual de sinceras, y de las mejores habilidades naturales y aprendidas, de las mismas, como también de

diferentes denominaciones, indica claramente cuán indispensable es la ayuda del Mismo Autor Divino para el entendimiento correcto de ellos. Anteriormente mostré que la razón del hombre está demasiado nublada e influenciada por sus pasiones y prejuicios, como para que sea justamente llamada la razón *correcta*, porque a menudo manifiesta una gran diversidad en cuanto a asuntos espirituales, e incluso una inestabilidad en la misma persona. La razón correcta es la verdad, inmutablemente la misma e incapaz de errar, y por lo tanto existe sólo en la naturaleza divina, de la cual el hombre debe, en medida, hacerse partícipe, para rectificar su razón caída y falible.

Ni la naturaleza, ni la educación pueden darle al hombre el sentido del Espíritu Santo, ni interpretar las expresiones del Espíritu con certeza. Por lo tanto, se afirma verdaderamente, no sólo por los Cuáqueros, sino también por muchos escritores distinguidos de diversas profesiones, antiguos y modernos, que la iluminación interna del Espíritu Santo es absolutamente necesaria para cada hombre, a fin de entender correctamente las Escrituras.

Ahora, muchos imponen su propia opinión particular sobre algunas partes de la Escritura, como la intención verdadera del Espíritu Santo, aunque niegan la experiencia de la iluminación del Espíritu Santo en sus corazones. Pero, ¿por qué debería dárseles algún crédito a tales afirmaciones, viendo que existe tanta diversidad de opiniones? Ellos alegan, '¡La Escritura es infalible!' Estoy de acuerdo; pero ¿cómo se transmite infaliblemente su verdadero significado a cada lector? ¿A través del estudio e instrucción humanas? ¡Eso ha llevado a todas las diferencias y desacuerdos con respecto a ellas! La simple verdad del asunto

es que nada más que el Espíritu de la Sabiduría divina, de donde provinieron las Escrituras, puede dar el sentido genuino de ellas. Porque, “nadie conoce las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios.”¹ ¿Qué importa la infalibilidad de la Escritura para alguien que no conoce al Maestro infalible de ella? Si todos los que han tenido las Escrituras conocieran a este Maestro, ninguno podría malentender, o diferir entre sí acerca de ellas. Sin embargo, es demasiado evidente, por las diferencias entre los cristianos, que ellos sí las malentienden. Tal confusión no debe ser atribuida a ningún defecto en los escritos sagrados, sino a la incapacidad común en el entendimiento de los hombres, para descubrir el sentido correcto de las palabras de Dios. ¿Qué, pues, es capaz de abrir las Escrituras al entendimiento de los hombres aparte del Espíritu Santo? La pregunta no es si las Escrituras, tal como están escritas por la inspiración divina, son infaliblemente correctas. Sin duda lo son. La pregunta es, si todos los que las leen, son infaliblemente capaces de entenderlas. Algunos dicen que, si las Escrituras no pueden entenderse sin el Espíritu, son dadas en vano. Pero esto es contradecir las Escrituras mismas, que declaran claramente que “a cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para provecho.”² Las palabras del apóstol son claras en este asunto: “Nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido, lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu, acomodando lo espiritual a lo espiritual. Pero el hombre natu-

¹ 1 Corintios 2:11

² 1 Corintios 12:7

ral no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente.”³

Las doctrinas de las Escrituras son de varios tipos. Ellas exhiben las morales justas y la conducta benevolente de forma superior a los mejores escritores éticos de todas las edades y naciones. Estas son aceptadas general y apropiadamente como de obligación natural, universal e inalterable, y son suficientemente sencillas y claras para el entendimiento común de cada hombre. Pero los asuntos relacionados a la fe y a la adoración, habiendo pasado por muchas adiciones y alteraciones circunstanciales, de acuerdo a las diferentes dispensaciones de la Sabiduría divina, no han sido tan claros para el entendimiento de los hombres, ni los hombres han estado tan unidos en su opinión acerca de ellos como en el caso de los deberes morales. Desde la publicación del Nuevo Testamento, han existido y abundado las opiniones diferentes acerca del significado verdadero, especialmente en asuntos de la fe. ¿Y cómo se pueden resolver estas diferencias? El sabio erudito A. dice que un texto particular significa esto y lo otro. El sabio erudito B. insiste en que se debe entender en un sentido diferente, tal vez contrario. Apelan al contexto y sin embargo siguen igualmente con opiniones diferentes, y seguros de estar en lo correcto. Pasan de un texto a otro, y de críticos a comentaristas, hasta agotar a todos los que puedan encontrar o forzar para su propósito, pero continúan en la misma, o tal vez más discordia que al principio. ¿Qué les queda para determinar el asunto? ¿Podrán hacerlo las iglesias o concilios? Ellos debaten de año en

³ 1 Corintios 2:12-14

año, o de siglo en siglo, y dejan las diferencias tan amplias como las encontraron. El sentido verdadero sigue estando solamente con el Autor divino de los textos en disputa, y sólo Él puede comunicarlo. ¡Ay!, este ha sido el caso por muchos siglos, y continuará siempre mientras que los hombres prefieran sus propios prejuicios, imaginaciones y razonamientos, antes que las directrices internas del Espíritu de la Verdad.

Creemos que las Escrituras son la regla de gobierno y guía de todos los que las tienen, en la medida que tengan un entendimiento correcto de ellas. No obstante, por las siguientes razones, no podemos afirmar que son el director único, principal, y universal para la humanidad en cuestiones de deberes religiosos: 1. No son el *único* director porque el Espíritu de Dios en el corazón y conciencia del hombre, innegablemente, dirige también. 2. No son el director *principal* porque la iluminación del Espíritu Santo que las produjo, es necesaria para abrir el sentido verdadero de muchas de sus partes, sobre las cuales difieren muchísimo las interpretaciones de los hombres. El Espíritu, de donde provienen las Escrituras, siendo su origen, es por lo tanto superior a ellas; y dado que sólo el Espíritu puede revelar el significado de Sus palabras, las palabras son secundarias al Espíritu, como un instrumento en Sus manos. 3. No son el director *universal* porque no es probable que uno de diez, incluso uno de cada veinte de la humanidad, alguna vez haya tenido la oportunidad de poseerlas. Por lo tanto, viendo que este es el caso, no pueden ser debidamente declaradas como la regla perfecta adecuada y universal de la humanidad.

Por consiguiente, estimamos las Escrituras como la

regla o guía secundaria de los cristianos, las cuales han sido divinamente comunicadas para el uso de todos a quienes les puedan llegar. Y puesto que son intrínsecamente superiores en excelencia a todos los demás escritos, las preferimos por encima de todos ellos, y las utilizamos con la misma gratitud y consolación que cualquier cristiano en la tierra, creyendo verdaderamente que “se escribieron para nuestra enseñanza, a fin de que por la paciencia y la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza.”⁴ No despreciamos las Escrituras, de hecho las mantenemos en su lugar apropiado, como superiores a todas las obras de los hombres, pero subordinadas a su Comunicador Supremo y único Explicador seguro. Porque el Espíritu Santo es necesario para el uso correcto de ellas, como un agente con un instrumento; y ¿qué es un instrumento sin una mano para guiarlo y darle fuerza? Y ¿cuál es superior, el agente o el instrumento? El Espíritu Santo es la sabiduría original de la cual provienen las Escrituras, y el único poder que puede abrirlas y hacer su efecto correcto. El Espíritu de la Verdad es dado para guiar a toda verdad, y es Él, el único que puede hacerlo, siendo por lo tanto la Guía Suprema proporcionada a la humanidad.

Es insostenible e irracional afirmar que algo podría actuar como el director único y principal, cuando el Espíritu de Dios se ha comunicado con ese propósito. Los mismos pasajes de la Escritura se muestran tan diferentes para cada persona, como difieren sus entendimientos el uno del otro. Por lo tanto, el entendimiento humano debe ser rectificado, para que sean capaces de ver esas verdades en la misma luz. El Espíritu de la Verdad es el Rectificador,

⁴ Romanos 15:4

Él único que puede unir a los hombres en el sentido verdadero. No dudamos llamar a las Escrituras colectivamente una regla divina; pero nos oponemos a llamarlas *la* regla de la fe y la práctica, no sea que esto implique que no buscamos nada más para que sea nuestra guía o líder.

Las mismas Escrituras testifican abundantemente que hay algo superior a ellas, que todos deben buscar y atender. Ese algo es el Espíritu Santo del Legislador Supremo de los hombres, el Espíritu del Autor de los escritos sagrados. Y es en y por Su luz y poder, que las Escrituras se vuelven un instrumento útil y adecuado para los propósitos que se pretenden con ellas. Como un buen reloj de sol, son verdaderas y perfectas según su propósito y género, esto es, como escritos. Sin embargo, ellas apropiadamente pueden tener el mismo lema que el reloj de sol—*Non sine lumine* (Es decir, ‘Nada sin luz’). Porque como un reloj de sol sin los rayos solares no tiene ningún uso verdadero, tampoco un pasaje ambiguo de la Escritura comunica infaliblemente la mente del Espíritu Santo a diferentes entendimientos, a menos que los rayos luminosos del Sol de Justicia lo revelen a la mente atenta.

Nuestros oponentes llaman a las Escrituras la regla principal. Confesamos que es la regla *escrita* principal, y en todas las disputas entre ellos y nosotros, respetamos sus decretos, según nuestro entendimiento del significado de ellas, lo cual ellos también dicen hacer según el suyo. Por lo tanto, en todas las diferencias públicas recurrimos intencionalmente a la misma regla con ellos. Pero nosotros también tenemos tanta Escritura clara como experiencia para respaldar nuestra creencia (con respecto al deber de cada individuo en particular) de que todos tienen en su propio

pecho una regla o guía de la consciencia más cercana y certera que las Escrituras, a saber—“la manifestación del Espíritu para provecho.”⁵ Y cuando esta guía se observa debidamente, da la interpretación correcta de la Escritura (hasta donde sea necesario), como también el sentido del deber de cada persona en particular. De hecho, cuando alguien siente al testigo fiel de Dios en su conciencia, condenándolo por lo que está mal y aprobándolo por lo que está bien, ¿no encuentra que este testigo le habla más claro, particular y convincentemente a su caso y estado que lo que puede leer en las palabras de la Escritura? ¿Y concluirá entonces que este testigo que verdaderamente discierne es menos que aquel Espíritu de la Verdad, o Consolador, que “convence al mundo de pecado, de justicia y de juicio?”⁶ Pero ¡ay! he observado en los que no obedecen a este testigo celestial, que la opinión de cada hombre sobre la Escritura es su Escritura, y cuando le propone a su oponente que todo sea determinado por la Escritura, quiere decir de acuerdo con su propia comprensión de su significado.

Cuando Cristo, después de Su resurrección, “abrió el entendimiento de sus discípulos, para que entendiesen las Escrituras,”⁷ ¿no fue la iluminación divina en sus entendimientos una evidencia mucho más clara, certera y superior de su significado, de lo que toda su lectura y estudio podrían haberles proporcionado sin tal iluminación? ¿Se ha vuelto la humanidad mucho más sabia y astuta, que ya no tiene necesidad de Su ayuda para abrirle su entendi-

⁵ 1 Corintios 12:7

⁶ Juan 16:8

⁷ Lucas 24:45

miento? ¿El aprendizaje de sus escuelas y universidades es tan perfecto como para hacer que la iluminación de Dios sea completamente innecesaria? Los innumerables enfrentamientos y debates de los sacerdotes y maestros intelectuales con respecto al significado de la Escritura ¿son una prueba de la unidad en sus sentimientos? ¡Oh, consideren! ¿Cómo pueden afirmar que la Escritura es el criterio final y certero, cuando es precisamente el significado de la Escritura lo que da lugar a toda la incertidumbre y diferencia? Por lo tanto, es seguro que, sin la iluminación divina, cada lector de los textos sagrados acepta cualquier significado que sus suposiciones le fabriquen, lo cual es la causa de las innumerables diferencias entre los cristianos profesantes.

CAPÍTULO 12

EL PODER PURIFICADOR DEL EVANGELIO

Considero que esta es una oportunidad apropiada para hacer una advertencia en contra de las posiciones corruptas y peligrosas, que algunos han declarado públicamente acerca de la verdadera justicia y santificación. Muchos han enseñado abiertamente o dado a entender:

1. Que el hombre, que en realidad es injusto en sí mismo, es al mismo tiempo justo en Cristo. Es decir, que él no es en realidad lo que es, sino lo que se convence a sí mismo ser, por causa de una imaginación falsa acerca del sacrificio de Cristo. Estos son como aquella “generación que es pura en sus propios ojos, más nunca ha sido lavada de su inmundicia.”¹
2. Que el Ser supremo de la verdad inmutable mira al hombre con una luz falsa, estimándolo puro, mientras Él sabe que es pecador y que está corrompido.
3. Que Cristo, la Verdad, es algo así como un medio falso, que muestra los estados de los hombres de manera contraria a lo que realmente son.

¹ Proverbios 30:12

4. Que el hombre puede ser un siervo de Cristo mientras está bajo la influencia del anticristo; que es santo por imputación, incluso cuando es gobernado por el autor de la contaminación, el adversario de la santidad; y que está actuando en la voluntad de Dios mientras que hace las obras del diablo.

Muy por el contrario, leemos “¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte, o sea de la obediencia para justicia?”²

Es una ilusión vana esperar que la Pureza en su más alta perfección, se una con el hombre mientras permanece en la causa misma de la separación de Él. El pecado hizo la separación al principio, y su continuación mantiene la separación. Si alguno pregunta—¿No murió Cristo para reconciliar a los pecadores con Dios? Respondo: Sí, pero no para reconciliar a Dios con el pecado, ni para salvar el pecado. Él no sufrió para comprar una licencia para que los pecadores continúen como pecadores, sino para abrir un camino para que lleguen al arrepentimiento, a través del don de la gracia procurado por Él. “Antes,” dice Él, “si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente.”³ Él no vino para defender, sino “para deshacer las obras del diablo,”⁴ que incluyen toda clase de pecado y corrupción. El hombre de Dios dice “¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No erréis; ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se echan con varones, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni

² Romanos 6:16

³ Lucas 13:3, 5

⁴ 1 Juan 3:88

los maldicientes, ni los estafadores, heredarán el reino de Dios.”⁵ Por lo tanto, la noción de la justicia imputada para quienes continúan cometiendo estos males, es un error vano y peligroso. Tenemos que morir al pecado, o no podremos vivir para Dios; y en la medida que morimos al pecado, vivimos en Cristo y no más allá. Debemos revestirnos de Cristo por medio de la verdadera fe y obediencia, las cuales nunca están separadas—porque la fe que permanece en la desobediencia es falsa. La “fe sin obras está muerta,”⁶ dice el siervo de Cristo; y “Muéstrame tu fe sin tus obras, y yo te mostraré mi fe por mis obras.”⁷

El evangelio no prohíbe sólo las obras externas del pecado, sino que también somete el deseo y movimiento interno hacia ello. La ley dice, ‘No matarás; no cometerás adulterio; no perjurarás, etc.’ El evangelio ordena, ‘No des lugar a la ira; no codiciarás; no jures en ninguna manera, etc.’ De esta forma, el evangelio no destruye la ley moral, sino que la cumple, quitando el asiento del pecado y poniendo el hacha del Espíritu a la raíz de corrupción. ¿Podrá un hombre razonable creer que la Fuente eterna de sabiduría y poder no sabe cómo expulsar el reino de Satanás en el hombre mientras vive sobre la tierra? ¿O piensan que Dios está contento con las ofensas de los hombres contra Su pureza y bondad, y está dispuesto a que Satanás reine sobre Sus criaturas hasta el último momento de sus vidas? ¿No sería más para la gloria de Dios librarnos del presente reino del pecado, salvándonos del mal y de la miseria tanto aquí como en el porvenir, en lugar de sólo

⁵ 1 Corintios 6:9-10

⁶ Santiago 2:26

⁷ Santiago 2:18

salvarnos de la miseria futura? ¿Es preferible o más gloriosa una redención incompleta que aquella que es perfecta? Cuando doctrinas contrarias a la purificación del corazón y a la vida de santidad se propagan activamente entre los cristianos profesantes, les corresponde a todos estar alertas y temerosos, no sea que, dándoles lugar en sus mentes, queden cegados por el engaño del pecado. De hecho, esto finalmente los llevará al paraíso de los necios, en vez de a la ciudad de Dios, la Jerusalén celestial, a la cual “no entrará ninguna cosa inmunda, o que hace abominación y mentira.”⁸

El apóstol Pedro habló de una fe que “purifica el corazón,”⁹ y haríamos bien en considerar qué es esta verdadera fe del evangelio. La entrada de la Palabra divina vivifica el alma, y lo primero que hace es comunicar una medida de fe por la cual opera. Porque toda fe verdadera es don de Dios, y el Espíritu Santo es el Espíritu de la fe, la cual no es una simple creencia en las verdades acerca de Cristo, sino la fe en Él. La fe en Cristo no consiste en darle crédito o aceptación a historias y doctrinas, juntamente con los modos de prácticas formados por la sabiduría de los hombres. En verdad, todo esto queda muy corto de la sustancia esencial de la fe. Cuando la fe del evangelio opera en el hombre, cree la verdad de todo lo que es revelado por el Espíritu, tanto en el corazón como en los Escritos Sagrados, porque ella siente la verdad, la saborea y es una con ella. No solamente está de acuerdo con los relatos bíblicos de la encarnación y de todo el proceso de Cristo en Judea, sino que también recibe Su aparición interna, cede a Su operación

⁸ Apocalipsis 21:27

⁹ Hechos 15:9

interior y coincide con ella. La fe que se basa totalmente en palabras, tradición, lectura o imaginación, no es más que un tipo de creencia distante e inefectiva, que le permite al alma permanecer en la esclavitud de la corrupción. El impío puede avanzar hasta este punto en pos de la fe del evangelio, pero la fe verdadera echa mano y se adhiere al Espíritu de la Verdad en Sus manifestaciones internas, en el cual está firme y por el cual crece, hasta que el corazón sea purificado, el mundo vencido y la salvación es obtenida.

La fe del evangelio es como una llama de amor puro hacia Dios en el corazón. Impulsa hacia Él, tiene sed de Él, entrega todo a Él, confía y vive en Él. “El misterio de la fe se mantiene en una conciencia pura”¹⁰ y en el poder eficaz del evangelio eterno. Por esta fe, la dispensación cristiana a menudo se distingue en la Escritura de la dispensación exterior de la ley Mosaica. Aunque el término fe es utilizado ocasionalmente por los autores de la Escritura en diversos (aunque no contrarios) sentidos, esta parece ser la única fe permanente mencionada en Efesios 4:5, la cual es en Cristo Jesús, y es el fruto de Su gracia y buen Espíritu en el corazón. Sólo a través de esta fe las Escrituras se vuelven efectivamente instructivas para el hombre de Dios y útiles para el cristiano en el camino de la vida y de la salvación. Esta es la fe por la cual los miembros de Cristo verdaderamente viven y permanecen como tales. Sí, la fe es su escudo invencible, y el conocimiento de Cristo en ellos es la prueba de que la poseen.

Se podría decir mucho más de la naturaleza, el poder y los efectos de esta fe que lo conquista todo, pero espero

¹⁰ 1 Timoteo 3:9

que esto sea suficiente para demostrar que no surge en el hombre simplemente del hombre. Y aunque en su sentido completo incluye una creencia de todo lo que se dice acerca de Cristo y por Cristo en las Santas Escrituras, ella va mucho más profundo, naciendo y recibiendo su incremento de la operación del Espíritu Santo, el cual obra a través de ella la santificación del corazón y la producción de toda virtud cristiana.

El hombre, al continuar en esta fe, echa mano de la esperanza del evangelio—un evangelio *descrito* por los textos evangélicos y apostólicos, pero *definido y experimentado* como el “poder de Dios para salvación.”¹¹ De hecho, Cristo mismo es llamado el “poder de Dios,”¹² quien espiritual e internamente administra luz y vida a las almas de los hombres. Esta administración espiritual y poderosa es la esencia del evangelio. Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento dan testimonio de la encarnación, muerte, sepultura, resurrección y ascensión del Señor Jesucristo, pero la sustancia verdadera del evangelio apostólico no consiste en la historia ni en la doctrina, sino en la operación viva y sensible del poder de Dios.

Leemos que la luz y la inmortalidad fueron sacadas a luz por el evangelio,¹³ pero ¿qué es esta vida e inmortalidad que el evangelio descubrió? ¿No creía la humanidad en un estado futuro antes de la encarnación de Cristo? Sí, indudablemente. La mayoría de los judíos y de los gentiles ya creían y sostenían esa verdad. Entonces, ¿qué vida e inmortalidad es aquella que es particular del evangelio, y

¹¹ Romanos 1:16

¹² 1 Corintios 1:24

¹³ 2 Timoteo 1:10

que es la propiedad particular del evangelio revelar? El evangelio no consiste enteramente en una explicación del proceder¹⁴ externo y de las doctrinas de nuestro Señor, sino principalmente en ese don espiritual que Él adquirió para nosotros a través de Sus sufrimientos, el cual es la vida y el poder que el Espíritu inmortal de Dios manifiesta en el alma creyente y obediente—es decir, el Espíritu que vivifica a los que estaban muertos en delitos y pecados, y separados de la vida de Dios.

El corazón del evangelio es el fluir de este Espíritu de vida en los corazones de los hombres. “Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón;” dice el hombre sabio, “porque de él mana la vida.”¹⁵ Ahora, estas emanaciones de vida surgen *en* el corazón del hombre, pero no *desde* el corazón mismo; porque si fuera así, el corazón o el alma serían su propio vivificador y salvador. Pero sólo Cristo es “el Camino, y la Verdad, y la Vida,”¹⁶ y por lo tanto el fluir de la vida obra en y a través del corazón por Su Espíritu. La influencia divina de este Espíritu es la verdadera vida del alma, aquello que la hace vivir; y sin esto no puede (en un sentido evangélico) ser considerada un alma viviente. Aunque todas las almas perduran hasta la eternidad, la existencia eterna no es la vida eterna. Existir sin esta vida, es estar muerto espiritualmente. Por lo tanto, es indispensable que cada alma espere, busque y encuentre esta vida inmortal, y además aprenda a mantenerse en ella con toda diligencia, para que pueda experimentar el fluir diario de ella para su

¹⁴ Con “proceder,” se refiere al curso completo del nacimiento, vida, obediencia, sufrimientos, muerte, sepultura, resurrección y ascensión de Cristo.

¹⁵ Proverbios 4:23

¹⁶ Juan 14:6

El Estado Original y Presente del Hombre

consuelo y preservación, como “una fuente de agua que salte para vida eterna.”¹⁷

¹⁷ Juan 4:14

CAPÍTULO 13

LA ADORACIÓN Y REVELACIÓN ESPIRITUAL

Es cierto que recomendamos el silencio y la quietud en nuestras reuniones religiosas; y viendo que nuestra manera de adorar es malentendida por muchos, y a menudo tratada con burla, aprovecharé esta oportunidad para ofrecer alguna explicación de la misma. Nosotros vemos la adoración divina como el acto más solemne que el hombre es capaz de realizar; y en consideración a la inmensa e inconcebible majestad del Dios Todopoderoso, creemos que es nuestro deber acercarnos a Él con la mayor reverencia. Cada persona pensante, que en algún grado es sensible del amor y del temor de Dios, debe saber que es algo serio presentarse ante la vista del Ser infinito, omnipresente y eterno. En este sentido, el hombre sabio aconseja, “Cuando fueres a la casa de Dios,”—o entres a la adoración—“guarda tu pie; y acércate más para oír que para ofrecer el sacrificio de los necios; porque no saben que hacen mal. No te des prisa con tu boca, ni tu corazón se apresure a proferir palabra delante de Dios; porque Dios está en el cielo, y tú sobre la tierra; por tanto, sean pocas

tus palabras.”¹ Este hombre sabía bien, como él lo expresa, que tanto “las disposiciones del corazón en el hombre, como la respuesta de la lengua, son de Dios;”² y esto concuerda con lo que dice nuestro Salvador—“porque separados de mí nada podéis hacer.”³ Por lo tanto, no podemos llevar a cabo la adoración divina de manera aceptable sino por medio de Su ayuda. De hecho, esta capacidad debe ser recibida en el espíritu; porque el apóstol dice, “el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos.”⁴ Siendo este nuestro caso tan cierto como lo fue para los apóstoles y los primeros creyentes, nos corresponde esperar ese Espíritu que es necesario para ayudarnos en nuestra debilidad, a fin de orar como conviene. Ninguna forma de devoción inventada por los hombres puede tomar el lugar del Espíritu. El mismo apóstol dice aún más, “Por medio de él los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre.”⁵ Por lo tanto, viendo que tanto nuestra ayuda como nuestro acceso son por medio del Espíritu de Cristo, la renovación de los cuales es de acuerdo a Su voluntad y no a la nuestra, debemos necesariamente esperarla.

Ahora, este esperar debe ser en la quietud de la mente del curso común de nuestros propios pensamientos, de todas las imaginaciones errantes, y también en el silencio de la expresión de palabras; porque hablar no es esperar, sino actuar. Las palabras son necesarias para comunicar el

¹ Eclesiastés 5:1-2

² Proverbios 16:1, Traducción Literal del Inglés

³ Juan 15:5

⁴ Romanos 8:26

⁵ Efesios 2:18

sentir de una persona a otra, pero no es así con el Ser Omnisciente que es un Espíritu universal, y es Todopoderoso en todas partes, y quien, por lo tanto, no tiene ninguna necesidad de utilizar órganos corporales, instrumentos, o el sonido de palabras, para comunicarse con el espíritu del hombre. Si la mente para adorar no permanece en quietud, las pasiones estarán en acción, y a menudo despertarán emociones descontroladas e imaginaciones errantes. Pero en la verdadera quietud y simpleza del alma hacia Dios, estas cosas son calladas y sometidas. Entonces la voz apacible y delicada del Inspirador de toda bondad, llega a ser oída, y la mente, estando cuidadosamente ocupada en atenderla, y respondiendo en fe y en humilde sumisión, siente brotar la vida y el amor divinos. En esto, el alma recibe la capacidad de adorar verdaderamente al gran Autor de su existencia y al Proveedor celestial de sus necesidades, con una devoción que ninguna forma externa puede alcanzar.

A esta adoración no se entra dejando a un lado todas nuestras facultades, y cayendo en un estupor insensible como algunos observadores superficiales han imaginado, sino por un verdadero volver de la mente y el corazón, con la atención fija sola e interiormente en el único Objeto de toda adoración, con un deseo paciente, aunque ferviente por Él. Así, de acuerdo al hebreo, el experimentado Salmista aconseja: “guarda silencio ante Jehová, y espera pacientemente en él.”⁶ Y con respecto a su propia práctica, dice: “en Dios verdaderamente está mi alma en silencio,” agregando esta irresistible razón: “De él viene mi salva-

⁶ Salmos 37:7, Traducción Literal del Hebreo

ción.”⁷ En el verso 5 del mismo Salmo se aplica a sí mismo la siguiente exhortación: “Alma mía, en Dios solamente espera, porque de él es mi esperanza.” Él tenía un gran estímulo para esperar de esta manera, como aparece en el Salmo 40, donde él dice: “pacientemente esperé a Jehová, y se inclinó a mí, y oyó mi clamor. Y me hizo sacar del pozo de la desesperación, del lodo cenagoso; puso mis pies sobre peña, y enderezó mis pasos. Puso luego en mi boca cántico nuevo, alabanza a nuestro Dios.”⁸

Jeremías da testimonio de la misma doctrina práctica y provechosa: “Bueno es esperar en silencio la salvación de Jehová. Bueno le es al hombre llevar el yugo desde su juventud. Que se siente solo y calle, porque es Dios quien se lo impuso.”⁹ Esperar en silencio era una práctica de los profetas y de aquellos que acudían a ellos, como aparece en la profecía de Ezequiel. Vemos que mientras el espíritu del profeta estaba ocupado en una visión divina, los ancianos de Judá se sentaban delante de él, como se describe comenzando en el primer versículo del capítulo ocho. Durante el tiempo de esta visión, no se puede suponer que él les estaba hablando a ellos, o ellos a él, o uno al otro. Este no fue un caso particular en el que se reunieron de esta forma, porque esta era la manera en la que el pueblo de Dios se congregaba con los profetas, como lo indica la siguiente reprobación: “Vendrán a ti como viene el pueblo, y estarán delante de ti como pueblo mío, y oirán tus palabras, y no las pondrán por obra.”¹⁰

⁷ Salmos 62:1, Traducción Literal del Hebreo

⁸ Salmos 40:1-3

⁹ Lamentación 3:26-28

¹⁰ Ezequiel 33:31

Le damos gracias a Dios porque en esta práctica solemne, muchas veces hemos sido capaces de reconocer la verdad de esa declaración de nuestro Señor, “porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos.”¹¹ Aquí hemos hallado el cumplimiento de aquella promesa, “los que esperan a Jehová tendrán nuevas fuerzas,”¹² y la certeza de aquella afirmación, “Bueno es Jehová a los que en él esperan, al alma que le busca.”¹³ y también la necesidad y autoridad de aquel sabio mandato, “Estad quietos, y conoced que yo soy Dios.”¹⁴

Debido a que esperar en silencio nos parece indispensable antes de cualquier otra cosa para poder adorar a Dios en Espíritu y en verdad, siempre es nuestra práctica comenzar las reuniones de esta manera; porque creemos que el Señor debe tener la dirección y la atención de nuestros corazones. Y si a Él le agrada influenciar a alguien (en la debida preparación) para que intervenga vocalmente, ya sea a modo de dirigirlo hacia Sí mismo en oración, o a nosotros en predicación, nunca impedimos esas intervenciones, sino más bien las ayudamos silenciosamente de acuerdo a nuestras medidas. Si parece que ninguno siente la dirección de hablar, pasamos el tiempo en silencio, en donde a menudo se experimenta la verdadera adoración interna. Sin embargo, nunca planificamos ninguna reunión con la intención de que toda sea en silencio, como algunos erróneamente han imaginado; porque nuestro objetivo es

¹¹ Mateos 18:20

¹² Isaías 40:31

¹³ Lamentaciones 3:25

¹⁴ Salmos 46:10

ser dirigidos y guiados por el buen Espíritu de Dios, y especialmente en los actos solemnes de adoración divina. Sería algo muy bueno que todos (entre nosotros y otros) fueran guiados así por el Espíritu, pero el caso se muestra de otra manera con la gran mayoría; porque muchos se sientan con indiferencia, con la expectativa de escuchar el ministerio de palabras en lugar de esperar en Dios, y por lo tanto muchas veces quedan decepcionados. El apóstol dijo en su época: “No todos los que descienden de Israel son israelitas.”¹⁵ Así mismo debemos reconocer que no todos los que han descendido de los fieles antepasados son fieles; pero el defecto está en ellos mismos y no en el principio.

Es cierto, insistimos en que el Espíritu de la Verdad debe ser nuestro líder y el de todo hombre, y que este Espíritu es el guía infalible, y en la medida en que alguien lo siga fielmente, es dirigido infaliblemente, y no más allá. Sin embargo, nunca hemos dicho, ni tampoco hemos declarado, que todos los que están con nosotros en la sociedad son guiados infaliblemente, o incluso que buscan suficientemente serlo. Tampoco este era el caso entre los primeros cristianos. De hecho, sabemos bien, y reconocemos libremente, que todos hemos pecado, y estamos destituidos de la gloria de Dios, y que sin arrepentimiento y regeneración siempre quedaremos cortos de ella. También somos conscientes de que, con la debida confesión, sumisión y obediencia sincera a las manifestaciones de Cristo, la Luz de los hombres, “Él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad.”¹⁶ Y “si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos

¹⁵ Romanos 9:6

¹⁶ 1 Juan 1:9

con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado.”¹⁷

Pero ahora, lector honesto, ¿qué otra cosa además de la gran ignorancia, envidia o malevolencia, podría hacer que nuestros adversarios infieran que nosotros a partir de nuestra total dependencia del Espíritu nos consideramos infalibles? Sin embargo, así es como nuestras doctrinas han sido distorsionadas por nuestros adversarios desde el mismo principio, y actualmente nuestros oponentes siguen el mismo camino, reprochándonos repetidamente con esta acusación. No obstante, así como “la vida es más que la comida, y el cuerpo que el vestido,”¹⁸ nosotros profesamos que la influencia inmediata del Espíritu de Cristo es mayor que las Escrituras que testifican de Él, como también es mayor que la interpretación y las prácticas que cualquier hombre pueda tomar de ellas. La guía original, esencial y principal en toda la vida, el ministerio y la adoración cristiana, es esa revelación y poder que viene inmediatamente del Espíritu de Dios al corazón del hombre.

Que muchos (que se llaman a sí mismos cristianos) no estén familiarizados con las revelaciones y movimientos del Espíritu Santo, no es un argumento contra esta doctrina, ya que la capacidad de cada alma creada es ser “guiada por el Espíritu de Dios.”¹⁹ Porque “si vivimos por el Espíritu,” dice el apóstol, “andemos también por el Espíritu,”²⁰ aprendiendo a “adorar a Dios en espíritu,”²¹

¹⁷ 1 Juan 1:7

¹⁸ Lucas 12:23

¹⁹ Romanos 8:14

²⁰ Gálatas 5:25

²¹ Filipenses 3:3

“orar en el Espíritu,”²² “amar en el Espíritu,”²³ “obedecer mediante el Espíritu,”²⁴ etc.

Para demostrar aún más esto, permítanme decir, que el alma del hombre no sólo tiene la facultad de comprensión, por la cual ordinariamente piensa y une, divide, compara o forma ideas, sino que también tiene un poder secreto de sensación interna, o de percibir objetos espirituales mediante un sentido interno y espiritual. El hombre debe permanecer enteramente inconsciente de este sentido, hasta que los rayos de la luz divina resplandezcan sobre él; sí, así como un niño que no ha nacido está inconsciente de sus facultades para ver y oír. Porque, aunque un niño puede estar completamente formado en el útero, y poseer todos los órganos propios de los sentidos corporales, todavía no está facultado para utilizarlos, o incluso para saber que los tiene, hasta que es traído al entorno necesario para el uso de ellos, compuesto de la luz y el aire de este mundo. Entonces, repentinamente descubre los diversos sentidos y poderes naturales que antes de su nacimiento no podría haber entendido ni utilizado. De la misma manera, el hombre natural debe ser liberado de su oscuridad natural, a la influencia resplandeciente y vivificante de aquella Palabra divina, o Espíritu, que más enfáticamente es llamada la verdadera luz y vida de los hombres. Y así, el alma, cuando es nacida del Espíritu a este ámbito apropiado para el conocimiento divino, toma conciencia de ese sentido espiritual, que mientras estaba en su estado natural no podía descubrir, ni creer que le pertenecía. Esta

²² Judas 1:20

²³ Colosenses 1:8

²⁴ 1 Pedro 1:22

no es una nueva facultad natural añadida, sino un poder interno del alma recién despertado, y traído a su lugar y uso apropiado. Las palabras son insuficientes para expresar esta sensación interna que se siente en el alma bajo la influencia divina. No puede ser comunicada con claridad al entendimiento del que no lo ha experimentado; porque no es una imagen, sino una sensación, que es imposible concebir de otra forma más que por su propia impresión. Tan verdadera es esa expresión del apóstol, “Antes bien, como está escrito: Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman. Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu.”²⁵

Es sobre esta consideración que insistimos en que la luz divina es una sensación interna, la cual no puede comunicarse adecuadamente de un hombre a otro mediante el razonamiento o la descripción verbal. Porque si una persona le diera la descripción más clara y viva posible de la luz del sol a un hombre ciego de nacimiento, sólo comunicaría una idea o noción de la luz, pero no la luz misma. Esto podría llamarse una revelación acerca de la luz, pero no es la revelación de la luz misma, la cual ningún hombre puede recibir salvo por su propia sensación inmediata. La revelación divina es un abrir de algo al entendimiento por medio del Espíritu Santo, que no está en el poder de la mente descubrirlo. El Espíritu Santo hace esto de varias maneras, por ejemplo: al develarse a Sí mismo por Su propia influencia (en medida) sobre el alma, y concederle un sentido interno de Su presencia; o al darle al alma un sentido claro de su propio estado y condición; o al abrir la

²⁵ 1 Corintios 2:9-10

mente al conocimiento de la voluntad divina acerca de personas o cosas, a un sentido verdadero de las Escrituras; o a una comprensión más profunda de las doctrinas que la que podría alcanzar sin la iluminación divina, etc. Todo esto es la verdadera revelación interna e inmediata. Lo que ahora comúnmente se considera la única revelación que existe, y que siempre existirá—la Biblia—debería llamarse más correctamente el *fruto* de la revelación, en lugar de la cosa misma, porque es un registro escrito de cosas reveladas. Estos escritos indudablemente fueron inspirados por el Espíritu a aquellos que los recibieron directamente; pero las muchas y diferentes interpretaciones del hombre puestas sobre ellos, por muchas generaciones pasadas, demuestran que estas palabras no son verdaderamente una revelación para aquellos que las malinterpretan; ni llegarán a serlo para el hombre hasta que conozca al santo Autor como su Intérprete. Porque, “ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada, porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo.”²⁶

Nuestro Señor les enseñó a Sus discípulos que el Espíritu de la Verdad, el Consolador, no sólo iba a recordarles lo que Él les había dicho, mostrarles las cosas que habían de suceder y guiarlos a toda verdad, sino que también, “convencería al mundo de pecado, de justicia y de juicio.”²⁷ Este Visitante divino puede aparecer en la mente del hombre con palabras o sin palabras, mediante la sensación de compunción y remordimiento, en la agudeza de la

²⁶ 2 Pedro 1:20-21

²⁷ Juan 16:8

repreñión, o en los toques curativos de la consolación; ya sea que se manifieste como la luz o derrame Su vida y amor en el corazón; ya sea que lo penetre tan rápido como un relámpago, o lo establezca en una santa serenidad; ya sea que lo llene de fe o lo encienda con celo; puesto que, en todas estas maneras Él no procede por medio de un mensajero, sino por Su propia comunicación inmediata con el alma racional del hombre, esto es correctamente llamado la revelación interna e inmediata. Este Espíritu divino es la fuente viviente de la verdad y la virtud en el hombre, sin el cual todas las leyes y preceptos externos serían de muy poco provecho. Y cuando el Espíritu de Dios, a través de la fidelidad a Él, aumenta y avanza sobre todo lo demás en el alma, es hallado como un fundamento seguro, que ni la sabiduría de los sabios, ni el razonamiento de los que confían en sí mismos, ni la astucia de los impostores, ni la burla del escarnecedor, ni la furia del perseguidor, ni las puertas del Hades pueden prevalecer en Su contra.

CAPÍTULO 14

EL ESPÍRITU, EL EVANGELIO Y EL REINO

Creemos que todos los hombres, en algún momento, han sentido al testigo reprobador del Espíritu de Dios en sus conciencias, el cual les da un conocimiento convencedor de Él; y si ellos continúan rebelándose en contra de esta luz, progresivamente se oscurecerán con respecto a ella. Job testifica, “Ellos son los que, rebeldes a la luz, nunca conocieron sus caminos, ni estuvieron en sus verdades.”¹ Y Pablo de la misma manera dice, “Y como a ellos no les pareció bien tener a Dios en su conocimiento,” (mostrando que ellos tenían por lo menos una medida de ello) “Dios los entregó a una mente reprobada.”² Nuestro principio enseña que “la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres,”³ primero como aquello que redarguye, o convence de pecado. Por lo tanto, el Señor está a la puerta del corazón del hombre y llama queriendo entrar, y si el corazón se abre a Él y permanece en la habilidad que Él provee, deseando y buscando sinceramente

¹ Job 24:13

² Romanos 1:28 RV1602P

³ Tito 2:11

obedecer Sus movimientos, el Señor aumentará, en debidos grados, la operación de Su gracia allí, hasta que esto demuestre que es el poder de Dios para salvación. Entonces, y no hasta entonces, la mente se vuelve sensible del conocimiento salvador de este Espíritu divino. Sin embargo, incluso antes de esto, cuando el alma no conocía nada más que simplemente Sus convicciones, no podría decirse que el hombre era totalmente ignorante de un sentido interno e inmediato de esa gracia que es salvadora (tanto en su naturaleza como en su intención), aunque todavía no estaba dotado con el verdadero conocimiento salvador de la misma.

Siempre hemos reconocido uniformemente, tan ampliamente como cualquier profesante del Cristianismo lo puede hacer, que el evangelio vino tanto en palabra como en poder; pero no en palabras solamente, sino también en poder, en el poder del Espíritu Santo. Y somos conscientes de que este poder divino, del cual brotaron las palabras, es la esencia misma del evangelio. Las palabras son sólo la expresión externa, o la declaración exterior, por las que se predica y se recomienda el poder. Los apóstoles llamaron e instaron a sus oyentes a esta gracia, poder y Espíritu de Dios, internos y esenciales, así como también a creer en la venida y proceso⁴ externos del Mesías que ya habían sucedido. Ellos les enseñaron que “Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos; y que aparecería por segunda vez, sin relación con el pecado,

⁴ Phipps utiliza la palabra “proceso” en el mismo sentido en el que utilizó “proceder” más arriba—refiriéndose al curso completo del nacimiento, vida, obediencia, sufrimientos, muerte, sepultura, resurrección y ascensión de Cristo.

para salvar a los que le esperan.”⁵ No creemos que esta segunda aparición de Cristo se refiera a Su venida en juicio en el día de la decisión general; porque en ese día determinará el estado final de los justos y los injustos—no sólo para salvación, sino también para condenación. Pero esta segunda aparición es para salvar a los que le esperan con ese fin. En consecuencia, el apóstol ora de esta manera por los creyentes, “El Señor enderece vuestros corazones en el amor de Dios, y en la paciente expectación de Cristo.”⁶ Y describe a los Corintios como, “esperando la manifestación,” o reaparición, “de nuestro Señor Jesucristo.”⁷

Aunque nuestro Salvador empodera y emplea a Sus mensajeros para declarar públicamente Su voluntad, y llamar a los pueblos a la obra del arrepentimiento y regeneración, no los comisiona para que hagan la obra por Él. No son las palabras que predicán Sus mensajeros, ni ninguna aplicación humana de ellas, las que obran este gran asunto de la salvación. “Señor,” dice el profeta, “tú nos depararás paz; porque también obraste en nosotros todas nuestras obras.”⁸ El Espíritu del Altísimo y Santo es la fuente y causa real de todo el bien verdadero que es hecho, de toda virtud verdadera que es forjada, ya sea en la iglesia en general, o en alguno de sus miembros. Es el Espíritu que da entendimiento, y revela el conocimiento de las cosas de

⁵ Hebreos 9:28

⁶ 2 Tesalonicenses 3:5 RV1602P

⁷ 1 Corintios 1:7

⁸ Isaías 26:12

Dios;⁹ que vivifica y da vida,¹⁰ mortifica,¹¹ circuncida,¹² bautiza,¹³ santifica,¹⁴ regenera,¹⁵ libra,¹⁶ fortalece y hace posible obedecer.¹⁷ En el Espíritu está la luz verdadera,¹⁸ la vida,¹⁹ el amor,²⁰ el esperar,²¹ el caminar,²² la comunión²³ y unidad del evangelio.²⁴ En el Espíritu se hace la verdadera oración,²⁵ se abre el acceso al trono de la gracia,²⁶ y se lleva a

-
- ⁹ “Yo decía: Los días hablarán, y la muchedumbre de años declarará sabiduría. Ciertamente espíritu hay en el hombre, y el soplo del Omnipotente le hace que entienda.” Job 32:7-8 — “Antes bien, como está escrito: Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman. Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios. Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios.” 1 Corintios 2:9-11
- ¹⁰ “El espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha.” Juan 6:63 “la letra mata, mas el espíritu vivifica.” 2 Corintios 3:6 “Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros.” Romanos 8:11
- ¹¹ “Porque si viviereis según la carne, moriréis; mas si por el Espíritu mortificareis las obras de la carne, viviréis.” Romanos 8:13 RV1602P
- ¹² “Circuncisión es la del corazón, en espíritu, no en letra” Romanos 2:29
- ¹³ “Por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo.” 1 Corintios 12:13
- ¹⁴ “Mas ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios.” 1 Corintios 6:11
- ¹⁵ “El que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es.” Juan 3:5-6
- ¹⁶ “Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte.” Romanos 8:2

cabo la adoración aceptable.²⁷ El Espíritu es la cubierta del pueblo de Dios,²⁸ su guía,²⁹ su líder,³⁰ su consolador,³¹ su sello,³² las arras internas de una herencia eterna para ellos. En resumen, el Espíritu de Dios es el poder y virtud que hacen todo en la ministración del Evangelio, de lo cual todas las Escrituras citadas aquí dan un testimonio innegable. En todos estos aspectos, el Espíritu Santo operó pode-

17 “Para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu;” Efesios 3:16

18 “En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres — Aquél era la Luz verdadera, que alumbraba a todo hombre que viene en este mundo.” Juan 1:4, 9 RV1602P — “Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo” 2 Corintios 4:6

19 “El espíritu vivifica.” 2 Corintios 3:6

20 “Quien también nos ha declarado vuestro amor en el Espíritu.” Colosenses 1:8

21 “Pues nosotros por el Espíritu aguardamos por fe la esperanza de la justicia.” Gálatas 5:5

22 “Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu.” Gálatas 5:25

23 “Si alguna comunión del Espíritu” Filipenses 2:1

24 “A todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu.” 1 Corintios 12:13

25 “El Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros” Romanos 8:26

26 “Orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia.” Efesios 6:18 — “Orando en el Espíritu Santo.” Judas 20

27 “Por medio de él los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre.” Efesios 2:18

28 “Ay de los hijos que se apartan, dice Jehová, para tomar consejo, y no de mí; para cobijarse con cubierta, y no de mi espíritu.” Isaías 30:1

29 “Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la

rosamente en los primeros creyentes, y creemos que las mismas operaciones espirituales son necesarias en esta y en toda generación.

Con respecto al evangelio, reconocemos que la palabra evangelio, en su más amplio sentido, puede incluir tanto la historia como el misterio, el proceso externo e interno de nuestro Salvador; porque el evangelio no viene sólo en palabra, sino también en poder y en el Espíritu Santo.³³ Creemos que este poder del Espíritu Santo es la parte interna y esencial, y que las palabras son la declaración o expresión exterior de la misma. Admitimos que la historia merece una parte del título, pero no debe restar valor al poder, que es su vida y realidad, no sea que las personas sean engañadas creyendo que el evangelio consiste esencialmente en nada más que palabras.

Reconocemos de corazón que los apóstoles predicaron el evangelio cuando, por inspiración, declararon el proceso histórico de Cristo; pero no podemos conceder que esto comprendió el todo de su evangelio. Porque leemos en sus escritos que el evangelio es el poder de Dios para salvación,

verdad.” Juan 16:13

³⁰ “Pero si sois guiados por el Espíritu, no estáis bajo la ley.” Gálatas 5:18 — “Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios.” Romanos 8:14

³¹ “Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad.” Juan 14:16-17

³² “Es Dios, el cual también nos ha sellado, y nos ha dado las arras del Espíritu en nuestros corazones.” 2 Corintios 1:22 “En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa.” Efesios 1:13 — “no contristéis al Espíritu Santo de Dios, por el cual estáis sellados para el día de la redención.” Efesios 4:30

³³ 1 Tesalonicenses 1:5

y que resplandece como una luz en el corazón para dar el conocimiento de la gloria de Dios. Las doctrinas del evangelio también son llamadas el evangelio, y su predicación se denomina predicar el evangelio, pero es evidente que ni la historia ni las doctrinas son la esencia o la sustancia de la cosa. Porque en Gálatas, después de que el apóstol había dicho, “Si alguno os predica diferente evangelio del que habéis recibido, sea anatema;”³⁴ luego muestra a qué se refería con el evangelio que ellos habían recibido, “Mas os hago saber, hermanos, que el evangelio anunciado por mí, no es según hombre; pues yo ni lo recibí ni lo aprendí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo... Pero cuando agradó a Dios, que me apartó desde el vientre de mi madre, y me llamó por su gracia, revelar a su Hijo en mí, para que yo le predicase entre los gentiles, no consulté en seguida con carne y sangre.”³⁵ El evangelio aquí descrito es claramente la revelación inmediata del Hijo de Dios dentro de él, y no el relato histórico o doctrinal de cosas fuera de él. De hecho, es en contra de los que se oponen a este evangelio interno y esencial—que no es de hombre, ni por hombre, sino por la revelación de Jesucristo dentro del hombre—que el apóstol dos veces declara anatema.

Pablo no predicó el evangelio “con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder”³⁶ para que la fe de sus oyentes estuviera fundada en dicho poder de Dios, y no en las interpretaciones privadas de la sabiduría de los hombres. Sus conser-vos predicaron bajo la influencia del mismo poder

³⁴ Gálatas 1:9

³⁵ Gálatas 1:11-16

³⁶ 1 Corintios 2:4

divino, que compungía los corazones de los que los escuchaban; y asimismo deben todos los que verdaderamente predicán el evangelio. El apóstol dijo que al llegar a los Corintios conocería “no las palabras, sino el poder de los que andan envanecidos. Porque el reino de Dios no consiste en palabras, sino en poder.”³⁷ Este poder eterno es el Espíritu del evangelio, en lo que consiste principal y esencialmente; y por lo tanto Pablo dirige a sus lectores a evitar a los que tienen “la apariencia de piedad, más niegan el poder de ella.”³⁸ Limitar todo el evangelio simplemente a los relatos históricos, o reducirlo a nada más que a un reporte, es excluir la poderosa realidad que liberta, como si el relato fuera el Salvador, y la noción la salvación. Esto no lo podemos admitir, porque no conocemos a otro Salvador sino a Cristo, ni ninguna salvación sin Su poder.

Tertuliano escribió algo muy parecido hace mil quinientos años. Él dice en su Apología, capítulo 17, “Ciertamente el alma era antes que la letra, y la Palabra antes que el libro... y si estás dispuesto a entender: no son las palabras del libro, sino el mismo Cristo, quien es enviado al mundo y quien es el evangelio.” También leemos en 2 Corintios, “Pero si nuestro evangelio está aún encubierto, entre los que se pierden está encubierto [Literalmente ‘en los que se pierden está encubierto;’ griego ‘*en tois*’]; en los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios. Porque no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor, y a nosotros como vuestros siervos por

³⁷ 1 Corintios 4:19-20

³⁸ 2 Timoteo 3:5 RV1602P

amor de Jesús. Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo.”³⁹ Aquí el apóstol enseña que el evangelio que predicaron era Cristo, mostrando Su rostro, o manifestándose a Sí mismo como la imagen de Dios en sus corazones; y que este evangelio estaba encubierto, u oscurecido, sólo en la mente de aquellos que, por incredulidad o infidelidad al mismo, habían sido cegados por el que es llamado el dios de este mundo, porque él es obedecido por los que caminan de acuerdo al curso de este mundo.

Juan el Evangelista afirma que Cristo, el Logos o Palabra de Dios, es la única luz o vida verdadera de los hombres, y la fuente de todo conocimiento verdadero de Dios que alguna vez haya sido revelado a cualquier pueblo para la vida y felicidad de sus almas. Esto concuerda con las profecías del pacto evangélico: “Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón,” y, “porque todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande.”⁴⁰ Esto no puede referirse al conocimiento de Cristo en la carne, porque esa aparición fue externa, en una sola nación y de corta duración. Tampoco puede referirse al conocimiento de las Escrituras, porque un hombre puede conocerlas de principio a fin, creer que son verdaderas, formar su práctica según sus interpretaciones del significado de ellas, y aun así no conocer al Señor. Los judíos tenían la ley, los profetas y las Escrituras que existían en su tiempo; sin embargo, el Todopoderoso, por la boca del mismo profeta,

³⁹ 2 Corintios 4:3-6

⁴⁰ Jeremías 31:33, 34

declara: “Porque mi pueblo es necio, no me conocieron.”⁴¹ Tampoco era posible que lo conocieran sin ayuda divina; por lo tanto, dice, “les daré corazón para que me conozcan.”⁴² Y en Ezequiel, “Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros...pondré dentro de vosotros mi Espíritu.”⁴³

Por lo tanto, el evangelio de Dios se recibe y se conoce por medio del escrito interno de la Palabra divina en el corazón, que pone la ley de la luz y de la vida dentro del hombre. De hecho, este es “el evangelio del reino de Dios,”⁴⁴ cuyo reino comienza como un grano de mostaza, una perla, una pizca de levadura, o una piedra pequeña “cortada de la montaña, no con manos,” pero que se convierte en una gran montaña, hace pedazos y consume todos los otros reinos, y llena la tierra del corazón del hombre. Este reino, dice Jesús, “no vendrá con observación; ni dirán: Helo aquí, o helo allí; porque, he aquí, el reino de Dios dentro de vosotros está.”⁴⁵ Algunos, para favorecer su propósito, deciden leer así estas últimas palabras, “el reino de Dios está *entre* vosotros.” Pero leerlo de esta manera destruye el contraste que nuestro Señor evidentemente quería hacer, quien en ese momento estaba respondiendo una pregunta que los fariseos le hicieron acerca de la expectativa que ellos tenían de un reino externo. El Señor les informa que el reino de Dios es un reino interno, y aquí les muestra la diferencia entre una forma externa y visible

⁴¹ Jeremías 4:22

⁴² Jeremías 24:7

⁴³ Ezequiel 36:26-27

⁴⁴ Marcos 1:14

⁴⁵ Lucas 17:21 RV1602P

(que los hombres podrían señalar con su ‘helo aquí’ y ‘helo allí’) y Su propio dominio interno y espiritual. Además, la palabra en el griego original es *entos*, que claramente significa *dentro* o *adentro*, y no *en* que puede ser interpretado como *en* o *en medio*.

Si alguno pregunta, ‘¿Qué es el reino de los cielos, o de Dios?’ Respondo: Aunque Dios verdaderamente es el Soberano Todopoderoso del universo entero, Su reino más particularmente es aquello en donde Él gobierna tan completamente como para ser siempre obedecido alegre y perfectamente; donde es el único autor de todo lo que es hecho; donde es glorificado en todo lo que se hace, y donde comunica Su propia gloria y felicidad sin mezcla. Los hombres no pueden entrar a este reino, ni siquiera verlo, excepto a través del nuevo nacimiento del Espíritu Santo, en el cual el alma experimenta un nacimiento en él—una libertad del poder de las tinieblas y un traslado al reino del amado Hijo de Dios. Sólo a través de esto el espíritu del hombre entra en el reino, y por medio de la fidelidad, es capacitado para avanzar allí mientras todavía está en el cuerpo. Este reino no consiste en lugares físicos, tampoco en ningún ‘aquí o allí,’ y por lo tanto es vano dirigir a los hombres a él con “helo aquí,” o “helo allí.” Mas bien, se encuentra en un infinito y celestial Espíritu, vida y naturaleza, donde nada impuro puede vivir o entrar. Es el dominio interno, o poder gobernante del Espíritu Santo en hombres y ángeles. Es esa influencia pura que fluye de la gloria del Altísimo, la cual, al entrar a las almas santas, los hace amigos de Dios. En resumen, el reino de Dios es el dominio de la luz y la vida del Espíritu de Dios. Cualquiera que viva bajo la sensible influencia y gobierno de esto, vive en el reino. Este es el

reino de los santos militantes en la tierra, y de los santos triunfantes en el cielo, que sólo experimentan los santificados en Cristo Jesús—en parte mientras están en este mundo, y en plenitud en el mundo por venir.